BOLSILIBROS BRUGUERA

SORTEO DEL MILLON

la conquista DEL ESPACIO

RUTA DESCONOCIDA

marcus sidereo

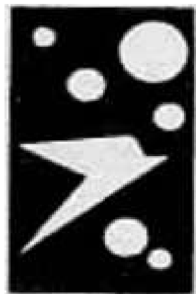
CIENCIA FICCION



MARCUS SIDEREO

RUTA DESCONOCIDA

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.°161
Publicación semanal
Aparecen los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

Depósito legal: B. 25.871 -1973

ISBN 84-02-02525-0

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: septiembre, 1973

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera S.** A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona – 1973

CAPITULO PRIMERO

En la plaza del Obelisco tenía efecto la magna ceremonia que se celebraba todas las temporadas.

Los jefes procedían a condecorar a los ciudadanos que más se habían distinguido en los diversos trabajos de los que eran responsables.

Bajo el alto obelisco que simbolizaba el poder se había levantado la tribuna de honor. En el centro, el tablado, donde los jerarcas irían llamando a los trabajadores distinguidos para imponerles las respectivas llamadas.

Ilustres pensadores, doctores vanguardistas, técnicos avezados, profesores eminentes, sabios que esperaban recibir los altos honores ocupaban un lugar preferente a la vista del pueblo, que como todos «los fines de temporada» se había congregado masivamente para aplaudir a los prohombres que cuidaban de la prosperidad del planeta al que servían engrandeciéndolo.

De entre ellos destacaba el profesor Maynard, un hombre maduro, ágil, de aspecto preocupado.

Destacaba su nombre, su personalidad y, sobre todo, su descubrimiento.

Maynard, situado entre los condecorables, era quien se mostraba menos ufano de hallarse ante aquella tribuna de privilegiados. Se le veía inquieto, nervioso.

La ceremonia había comenzado con el parlamento tradicional del Jefe de Relaciones Mundanas, que en aquellos momentos estaba diciendo:

«...Y no es necesario repetir lo que significa para nuestra comunidad la supremacía que de temporada en temporada vemos crecer por encima de cualquier otra civilización del Cosmos que nos rodea. Nuestros hombres de ciencia, nuestros sabios, nuestros pensadores, los forjadores de ideas de nuestro habitáculo, se afanan no sólo para continuar nuestra vanguardia, sino para superarla, y así podemos sentirnos orgullosos de ser los primeros en...»

El piloto Linder cortó la audición que le llegaba a través del receptor central de su vehículo espacial, al tiempo que soltaba un bufido.

—Te aburre, ¿no? —comentó su ayudante Din, que se entretenía con un cuaderno de historietas gráficas.

—Siempre es lo mismo. Cada temporada las mismas palabras. El triunfalismo de siempre. Si alguna vez nos atacaran esos seres fantásticos que aparecen en esas historietas que compras, entonces comprobaríamos nuestro verdadero poderío.

—¡Ojalá! —exclamó, alborozado, Din.

—No digas tonterías.

—¡Oye! ¿Entonces por qué demonios patrullamos?

—preguntó Din, soltando el cuaderno.

—Rutina... O mejor dicho, comedia. A los jefazos les gusta jugar a las astronaves.

—¿Es un juego?

—¿Qué si no? Más allá no hay nada. Y ellos lo saben. Con esas naves antiguas que sólo sirven para un museo de recuerdos, ¿qué demonios crees que podríamos conseguir? Si nos atacaran, ¡pobres de nosotros!

—Si te oyera el comodoro Ralston...

—Ralston es otra estantigua. Ahora gallea y lanza discursos porque está convencido, en el fondo, de que ya no existe nadie más en nuestra galaxia. Desde «la guerra de los astros», todos los informes coinciden en que no existen más habitáculos en nuestra galaxia. Y en eso confían, pero les gusta darse importancia y creerse superiores, sólo porque la fortuna nos favoreció.

Din interrumpió a su compañero y jefe para preguntar:

—A veces he oído hablar de esa «guerra de los astros». Pero nadie concreta nada. ¿Qué pasó en realidad?

—Se volvieron todos locos. Cada cual empleó sus armas y se destruyeron a sí mismos.

—¿Y qué papel hizo nuestro planeta?

—Estábamos tan atrasados que ni siquiera repararon en nosotros. Esto fue lo que realmente ocurrió —sonrió sarcástico el piloto Linder.

—No eres muy patriota.

—Soy realista. No se puede presumir de una victoria que no se ha conseguido. No hemos tenido nunca enemigos. Esta es la verdad Por lo tanto, odio los triunfalismos. Me ocurre como al profesor Maynard...

—Bueno —sonrió Din—; es lógico que estés de acuerdo con él. Todo el mundo sabe que adoras a su hija.

—Será porque pensamos igual. Y a propósito, será más interesante charlar con ella. Tú sigue leyendo...

Din se desperezó sobre el sillón-tumbona y volvió a fijar su atención en el cuaderno de aventuras interplanetarias que estaba leyendo, mientras la nave seguía su rumbo monótono y el piloto Linder utilizaba la radio auxiliar para ponerse en contacto con Lorys, la hija del profesor Maynard, en el instante en que el orador, comodoro Ralston, terminaba su discurso y emplazaba al primero de los galardonados.

—Y quiero que sea Maynard, el inventor del último y más moderno de nuestros ingenios bélicos, quien reciba el aplauso del pueblo representado por...

El orador no concluyó porque en aquellos instantes Maynard se había incorporado llevándose las manos a la cabeza. Los que estaban al lado del profesor profirieron ahogados murmullos intentando sujetar a Maynard, que inevitablemente se desvaneció.

Surgieron varias voces en demanda de auxilios.

—De prisa, atiéndanle.

—¡Doctor Shental!

—Apártense, apártense, que circule el aire.

El profesor seguía en el suelo, allí sobre la tribuna de honor, desvanecido, rodeado de las glorias del habitáculo,£1 piloto Linder acababa de establecer contacto con Lorys.

--Soy yo, querida... ¿Cómo va esa ceremonia?

La muchacha estaba viendo desde su casa, a través de una gran pantalla difusora, lo que estaba ocurriendo en la plaza del Obelisco, y al escuchar la voz de Linder a través del aparato que tenía sobre la mesita, replicó alterada:

—No sé lo que pasa, Linder. Creo que papá ha

sufrido un desvanecimiento.

—¿Cuándo? —preguntó la voz del piloto.

—Ahora mismo. Tengo que ir para allá…

—Me gustaría poder estar a tu lado, pero cálmate, por favor.

—A papá ya no le gustaba esa ceremonia. Presentía algo…

—Sí, Lorys, lo sé… —repuso el piloto, pensativo.

Y en seguida le llegó la voz de la muchacha:

—Tengo que cortar. Quiero saber dónde le llevan. ¡Espera! Se ha detenido un bólido sanitario… Le han subido. Seguramente le llevarán al Ambulatorio Central. Iré para allí.

—Estaré contigo tan pronto como pueda, Lorys —prometió el piloto, cerrando la radio.

Din, el ayudante de Linder, había seguido la conversación.

—Mal asunto, ¿eh?

—No lo sé, pero regresamos.

—¡Pero si ni siquiera llevamos la mitad del recorrido!

—¡Y qué? Comunicaré con Farsham de la N-2 para que cubra nuestro tramo. ¡Para lo que hacemos!

—¡Por mí, encantado! Así podré salir con mi novia —exclamó el ayudante Din.

El piloto comunicó con larga distancia.

—N-l, llamando a Farsham. N-l, llamando a Farsham.

Al cabo de unos instantes surgió la voz lejana a través del transmisor que contestaba la llamada.

—Farsham a la escucha.

—Comprobación coordenadas. 42-M. ¿Dónde te hallas, Farsham?

—Estoy al límite de la 400.

—¿Qué diablos haces tan lejos?

—¡Pasearme! —replicó Farsham, de buena gana.

—¡Vamos, regresa de prisa y cubre mi tramo hasta la 62-B! Yo regreso.

—¿Ordenes?

—Asunto particular.

—¡Con lo interesante que era esto! —repuso Farsham.

—¿Interesante? ¡Bah! Aquí todo es igual.

—Bueno, quizá no tanto. Me gustaría llegar hasta...

—Escucha, Farsham, tengo prisa. Has entendido lo que quiero, ¿verdad?

—Sí, descuida. Puedes ir tranquilo. Yo cubriré tu ruta.

—Corto —repuso Linder, y puso seguidamente rumbo a la base.

En aquel instante la nave N-2, patrullando por los confines de la coordenada 400 y pilotada por Farsham, evolucionó de forma extraña entrando en un imprevisto torbellino.

Su piloto, de la edad y promoción de Linder, intentó establecer contacto.

—Linder, Linder... Aquí Farsham... Escucha... Algo ocurre... ¡Linder, contesta!

Pero la llamada no llegó hasta la nave de Linder, que ya había enfilado a toda velocidad hacia la base cerrando los contactos con larga distancia.

Farsham se esforzaba en hacer oír su llamada de

socorro. Pero nadie oía su S.O.S. desesperado.

—¡Linder, Linder...! Algo me atrae, no puedo dominar los mandos. No puedo...

Inútil llamada la del piloto, que desaparecía a velocidad vertiginosa en el espacio infinito.

CAPITULO II

El comodoro Ralston estaba a la cabecera del ilustre enfermo, y con su sonrisa paternal le estaba diciendo:

—Vamos, vamos, profesor Maynard... Mañana reanudaremos la ceremonia especialmente para usted. Lleva unas jornadas agotadoras de trabajo. Necesita descanso y la compensación que merece.

Con el comodoro se hallaban también la hija del profesor y el recién llegado piloto Linder, junto con dos informadores y un miembro de la guardia, que cuidaba de no dar entrada a nadie más.

Maynard, pausadamente, replicó a las palabras del comodoro:

—Con todos los respetos, señor, no quiero que se me condecore. Ya expuse en su momento mis motivos...

—¡Profesor! Usted es un genio. Deje que los gobernantes decidan lo que hay que hacer.

—Mi querido comodoro Ralston. Para usted esto es un juego, pero mi invento no lo es. Si se hubiese destinado a la auténtica misión por lo que fue ideado, podría sentirme satisfecho y estaría dispuesto a admitir esa recompensa, pero se le ha dado un rumbo

distinto en el que no puedo estar de acuerdo…

El comodoro carraspeó, mientras Lorys y Linder cambiaban una mirada de mutua comprensión.

—Profesor…, ejem… Debo recordarle que no es usted quien debe discutir las decisiones del Gobierno.

—Lo sé, comodoro, lo sé. Ustedes disponen, los demás somos simples autómatas. No podemos dar destino a nuestras creaciones. Pero yo no estoy de acuerdo.

—Un caso de rebelión… Es inaudito en usted, profesor.

Lorys intervino.

—Mi padre está fatigado. ¿Por qué no le dejan tranquilo?

—¡Señorita Maynard! Este es un asunto oficial. Guarde silencio o tendré que rogarle que abandone la habitación.

Linder apretó el brazo de la muchacha para impedir que ella replicara con mayor acritud, complicando las cosas.

Intervino el profesor para concluir:

—Me encuentro fatigado, en efecto. Le ruego, comodoro, que me deje a solas con mi hija… y su prometido.

—¿Debo entender que…? —preguntó el comodoro.

Pero no pudo terminar la pregunta porque el propio Maynard atajó:

—Entienda simplemente que me encuentro fatigado. Y le ruego diga a la Junta de Gobierno que me niego a recibir la condecoración. Yo no trabajo para la guerra. Mis inventos son para el bienestar.

Diga también que en adelante me negaré a prestar mis conocimientos si no se fríe garantiza una absoluta libertad para la posterior aplicación de mis inventos. No tengo nada más que decir.

—Espero que no tenga que lamentar esto, profesor Maynard —repuso el comodoro, altivamente.

Cuando abandonó la estancia, Linder le saludó militarmente, de acuerdo con las ordenanzas.

Lorys corrió al lado de su padre, y el piloto cerró la puerta de la habitación cuando hubo salido el guarda.

—Le han hecho una jugarreta, ¿eh? —preguntó Linder, avanzando hacia la cama.

—Han convertido mi aparato reproductor de células en un arma mortífera. Han invertido la verdadera utilidad de mi invento —se lamentó Maynard.

—¿Reproductor de células? —murmuró, pensativo, Linder.

—Sí. Pero tal como va a ser utilizado, destruirá en vez de reproducirlas.

—No se preocupe. No tenemos contra quien emplear el aparato. Podrá ser utilizado con fines pacíficos —sonrió Linder.

—Habría que completarlo, pero se niegan a financiar el trabajo. Tal como está no es necesario añadir más para dejarlo como arma destructiva.

—¡Qué condenada obsesión! Pero, ¿por qué quieren un arma destructiva?

—No lo sé, pero tengo miedo. Aunque tú digas que no tenemos enemigos, yo no estoy tan seguro. A veces siento la sensación de que nos acechan.

—¿Nos acechan? ¿Desde dónde? —preguntó el piloto.

Y el profesor a su vez contestó con otra pregunta:

—Tú que vagas por el espacio, ¿no has notado nunca algo…? ¿Cómo te diría yo…? No sé, quizá no sepa encontrar las palabras. No me refiero a una cosa determinada, nada concreto. ¿Comprendes?

—Creo que sí. Usted se refiere a un presentimiento.

* —Algo así. Una llamada que se presiente, aunque no llega a nuestro receptor.

—Bueno, quizá no ha sido exactamente así, pero más que presentirla, profesor, la he temido, porque en el fondo nunca he estado demasiado seguro de nuestras tan cacareadas defensas.

—¿Por qué no hablamos de otra cosa? —terció Lorys, al ver los rostros preocupados de los dos hombres.

—Tu padre tiene razón, Lorys. Si de verdad nos acecharan, cuanto más grande fuera nuestro poderío, con mayor ahínco nos atacarían. ¿Es eso, verdad profesor, lo que teme usted?

—Sí, Linder. Nuestra ciencia es muy limitada a pesar del triunfalismo de nuestros gobernantes. Por lo tanto, cuando no se puede obtener algo verdaderamente único, vale más poner nuestros sentidos en mejorar nuestro habitáculo, en construir y no en destruir, porque en algún lugar tienen que ser más poderosos que nosotros. Lo presiento —vaticinó finalmente el profesor.

Como una ráfaga entró en aquellos momentos un guarda.

—¡Piloto Linder! Le llaman de la base, es urgente. Piden información de la nave N-2. Ha desaparecido.

Linder cambió una mirada con el profesor y su hija al mismo tiempo.

Ignoraba lo que podía haber ocurrido. Se despidió, prometiendo: —¡Volveré tan pronto como pueda!

CAPITULO III

—¿De modo que abandonó usted la ruta, sin una orden que le autorizara? —soltó el comodoro Ralston.

El jefe de la base, veterano y más comprensivo por mejor conocedor de su gente, trató de intervenir.

—Perdón, comodoro. Ahora se trata de averiguar lo máximo posible sobre la N-2 y su piloto Farsham. Luego ya decidiré qué sanción impongo al piloto Linder.

El comodoro midió a Linder de pies a cabeza. No se le olvidaba su amistad y futuro parentesco con el profesor Maynard. No se le olvidaba haberlo visto en la estancia del profesor en el Ambulatorio Central, un rato antes.

—Me parece —dijo en tono desafiante el comodoro— que de un tiempo a esta parte estamos dando demasiada cuerda a nuestros subalternos. Ya empieza a ser hora de imponer mano dura. Hay desobediencias que no se pueden consentir bajo ningún pretexto.

Linder comprendió que aquello no iba sólo para él, sino que en aquellas palabras había mucho contra el profesor Maynard. Era como un desquite y también un desahogo para dar a entender a Linder que el

comodoro era «alguien» en la organización del mundo.

—Estoy de acuerdo con usted, comodoro. Y ahora, si me permite, sepamos lo que ocurrió —terció nuevamente el jefe de la base.

—Espero su informe inmediato —cortó el comodoro, saliendo de la sala.

El jefe cerró la puerta, lanzó un bufido y se volvió amenazando con el índice a Linder.

—En buen lío te has metido y nos has metido a todos. ¡Maldita sea! Preferiría habérmelas con una guerra cósmica antes de soportar a Ralston… Y tú tienes la culpa.

—Lo que he hecho es normal y tú lo sabes, Lanco. No hay nada que patrullar. Tú mismo lo has reconocido en montones de…

—De acuerdo, de acuerdo —cortó el jefe—. La culpa es mía por deciros lo que pienso. Ya has oído al comodoro. ¡Mano dura! Bueno, vamos al grano. ¿Qué sabes?

—Sólo que estaba en la cota cuatrocientos de las coordenadas.

—¿Cuatrocientos? —preguntó extrañado el jefe.

—Sí. Eso dije. Bueno, uno se aburre allá arriba, ¿sabes? No está prohibido trazar rutas nuevas.

—Pero lo normal es llegar hasta la trescientas. Lo demás se sale de control.

—Sí. Y si das ese informe a Ralston, verás la que se arma —repuso Linder.

—No te lo tomes a guasa. Farsham es un buen piloto, como tú. Tiene que haberle sucedido algo grave.

—Puedo salir a buscarle.—Espera. Esto no es nada personal. Designaré a un equipo, pero… ¿Estás seguro que te habló de la cota cuatrocientas? —insistió el jefe, que continuaba extrañadísimo.

—No lo he dejado grabado, Lanco, pero pregunta a Din si crees que estoy confundido.

—Bueno, bueno… Lárgate ahora y no te dejes ver por el momento hasta que los ánimos se calmen. Yo arreglaré esto con Ralston.

—Oye, no le des mucha coba. Que admita de una vez que esos malditos vuelos son un gasto inútil de combustible y que un piloto se basta para pasearse inútilmente. Y dile también que la mayoría de las veces nos largamos, porque nada tenemos que hacer allí.

—Ya está bien, Linder —cortó el jefe, con los brazos en jarras—. Lárgate. ¿Entendido?

—Gracias, Lanco. ¡Ah! Y avisadme en cuanto encontréis a Farsham. Seguro que se trata de una avería en esa estantigua de N-2 que pilota —y con un saludo, Linder salió de la sala.

Lo primero que pensó fue regresar al Ambulatorio Central para seguir con el profesor y su hija Lorys. Tomó su bólido terrestre y lo deslizó hasta su destino a través del tercer vial elevado de circulación.

Entretanto, en el ambulatorio y en la sala de descanso asignada al profesor Maynard se colaba una visita.

Maynard y su hija reconocieron inmediatamente al visitante y mostraron su extrañeza.

—¡Farsham! —exclamó la muchacha. Sí, Era

Farsham, el piloto de la N-2, buen amigo" de Linder y conocido de la familia del profesor.

—Me enteré por la radio de su accidente, profesor. Me han dicho que no se trata de nada grave.

—Exceso de trabajo y de preocupaciones —repuso la muchacha.

—Sí. Seguramente ha habido una falsa alarma. Por cierto, Lorys, ¿podrías acompañarme? Linder nos está esperando. Se trata de una sorpresa. ¿Le importa, profesor?

—Por supuesto que no. Mi hija ya no puede hacer nada aquí. Divertíos.

—Pero, papá... —murmuró ella—. Linder dijo que volvería.

—Vete tranquila, hija. Yo me quedaré descansando aquí. Me encuentro perfectamente.

Ella dudó un momento. Pensaba que sería el propio Linder quien vendría a buscarla, pero Farsham insistió.

—Démonos prisa, Lorys, por favor —y sonrió persuasivo.

—¿Dónde está Linder? —preguntó ella.

—En el club de pilotos. Hay una pequeña fiesta.

—Es extraño. No me habló de nada.

—Se le debió olvidar —y Farsham cogió a la muchacha por el brazo en el momento en que Linder llegaba frente a una de las entradas elevadas del ambulatorio.

Dejó el bólido en el «depósito» (1) y pasó al interior del edificio.

(1) Especie de aparcamiento para bólidos monoplaza.

Era el momento en que Farsham, con la hija del profesor asida por el brazo, enfilaba el corredor hacia otra salida, por la que en modo alguno podía cruzarse con Linder, que avanzaba ya hacia la estancia de Maynard.

Farsham tomó uno de los elevadores hacia la cúpula.

—¿Cómo has llegado? —preguntó ella al comprobar que se elevaban rápidamente.

—En el bólido aéreo. Así llegaremos antes.

La cúpula estaba solitaria. Era ya de noche y en el espacio brillaban los puntos luminosos lejanos, mundos sin vida según se creía en el planeta.

Farsham se dio prisa y la muchacha notó algo extraño.

—Farsham... —empezó.

—¿Qué te pasa?

—No, nada, pero... No sé. Preferiría hablar con Linder.

—¿Es que no te fías de mí? Soy vuestro mejor amigo, ¿no?

La voz de Farsham sonaba extraña, incluso su semblante le parecía raro a la muchacha.

Linder llegó ante la puerta tras la cual descansaba el profesor Maynard, llamó y pasó seguidamente.

—Ya estoy de vuelta. ¿Cómo está, profesor?

Maynard frunció el entrecejo.

—¡Cómo! Creí que no volverías... Farsham acaba de irse con mi hija. Dijo que les estabas esperando.

El piloto agrandó los ojos. Estaba perplejo, no comprendía nada en absoluto.

—¿Farsham? Pero si ha salido una expedición a buscarlo... No puede ser...

—Te digo que ha estado aquí, Linder. ¿Qué pasa?

—No lo sé. Disculpe, profesor... Tengo que encontrarlo.

Salió rápidamente de la sala con un extraño presentimiento. ¿Qué podía significar todo aquello?

Por uno de los corredores se cruzó con un sanitario y le preguntó si había visto a la hija del profesor.

—La acompaña un hombre. Hace poco que han salido.

—No he visto a nadie —fue la respuesta del sanitario, que prosiguió su camino.

Linder salió al exterior.

En aquel momento el bólido aéreo despejaba de la cúpula, en lo más alto del edificio.

En pocos instantes la nave se perdió en la lejanía. No sobrevolaba la ciudad, sino que se apartaba de ella, hacia el espacio.

CAPITULO IV

Linder estaba en la base, esperando que el jefe regresara con los informes.

Las pantallas del pupitre general de mandos transmitían datos de vuelo y otros informes rutinarios. Linder mostraba su impaciencia paseando de un lado a otro, hasta que por fin apareció el jefe Lanco.

—¿Qué has podido averiguar? —saltó Linder.

Lanco negó con la cabeza.

—He perdido a otras dos naves. Esto está tomando

caracteres de gravedad.

—¿Y de Farsham?

—¿Qué demonios crees que estamos haciendo?

—Lanco, te he dicho que Farsham estuvo en el hospital y se llevó a Lorys. El profesor puede confirmártelo. Esto no es normal.

—¡Claro que no es normal! —y Lanco lanzó un bufido, transmitió unos datos al cerebro central y esperó respuesta.

—Ya está —dijo—. He ordenado al resto de los pilotos que regresen inmediatamente. No quiero perder más hombres. Ahora sí que habrá que oír al comodoro Ralston.

—Al diablo el comodoro Ralston, Lanco. Quiero encontrar a Lorys. Y voy a salir ahora mismo.

—No lo harás, Linder. No puedes salir de la base sin una orden.

—Pues dame tú esa orden.

—No puedo exponer a ningún hombre.

Linder salió como una flecha hacia el exterior y Lanco, comprendiendo lo que iba a hacer, se fue tras él gritando:

—¡No, Linder! No puedes hacerlo. Te lo prohíbo.

—Encontraré a Lorys y a Farsham y descubriré qué demonios significa todo esto.

—Ni siquiera sabes dónde está —volvió a gritar el jefe de la base.

Linder ya estaba cerca del hangar. Lanco conocía bien su carácter resolutivo. Sabía que si no era a la fuerza, nadie le impediría tomar su nave y comenzar la búsqueda por su cuenta. Por ello, Lanco regresó al

interior y pasó la orden al encargado del hangar.

—¡Aquí jefe Lanco! Cierren las puertas. Tienen que impedir que Linder salga con el bólido.

—¿Linder? ¡No le he visto, señor! —repuso el hombre.

—Acaba de entrar. ¿Dónde tiene los ojos?

Efectivamente, el piloto Linder corría ya hacia su nave. El encargado levantó la cabeza y miró a través de la jaula de cristal. Le pareció ver cómo alguien se movía en el bólido y replicó:

—Sí. Creo que ya le veo. Cerraré el hangar, señor.

Pero Linder ya estaba sobre los mandos del bólido. Tenía que hacerlo circular hacia la puerta, pulsó la palanca para que la máquina se deslizara y entonces observó cómo la gran hoja metálica comenzaba a cerrarse. .

Ahogó una maldición y dio mayor fuerza de empuje al bólido. Tenía que hacerle andar unos trescientos metros para sacarlo al exterior y la puerta continuaba cerrándose.

No iba a llegar a tiempo.

Vio a través del visor delantero cómo el encargado del hangar le hacía señas con la mano, indicándole que se detuviera.

—¡Aparta ya, imbécil! No vas a impedirme que salga —gritó, y en seguida elevó la nave.

Era peligroso hacerlo dentro del hangar porque se necesitaba un gran dominio para que el vehículo no tropezara con nada, pero por otra parte, era el único modo de impulsarle una mayor velocidad.

La puerta se había cerrado hasta la mitad, un par

de metros más y el bólido ya no podría pasar.

El encargado estaba en el centro de la parte que aún quedaba abierta y seguía gesticulando.

—Verás cómo te apartarás pronto —rugió Linder, al tiempo que impulsaba la palanca hacia delante.

El bólido, a un metro del suelo, saltó bruscamente hacia delante.

—¡Está loco! —exclamó el encargado viendo cómo la nave se le echaba encima, lo cual evitó lanzándose a un lado.

Linder calculó justo y consiguió pasar por la breve abertura que quedaba, pero no pudo evitar un ligero roce que conmocionó la nave.

Lanco, desde el control general, vio que había sido totalmente inútil impedir aquella marcha y tomó la radio.

—Escucha, loco. No se puede continuar la inspección sin dar parte oficial,

—Al diablo la burocracia, Lanco. Esto es' una cuestión urgente y tú lo sabes. Hay una cosa clara. Farsham no ha desaparecido. Regresó y ha secuestrado a Lorys Maynard. Yo no espero.

—Esta vez no podré librarte de las iras de Ralston. Pero ojala tengas suerte —murmuró Lanco, aceptando aquel vuelo no autorizado como cosa sin remedio.

Linder se elevó por los aires e hizo las rutinarias comprobaciones de la nave. De tantas veces como había volado en patrullas que él consideraba absurdas, aquélla era la primera ocasión que su viaje tenía algún significado, y grave además.

Conectó todos los aparatos de recepción y dio la

máxima presión al propulsor que le empujaba hacia la órbita del planeta.

Se reclinó hacia atrás y le pareció que en las literas de descanso se movía algo.

—¿Eh? —murmuró volviéndose y dando toda la luz a la nave.

Un hombre se incorporó y alzó los brazos en actitud fatalista.

Linder rugió:

—¡Oh, no! ¡Din! ¿Qué demonios haces aquí?

—Ve… Verás —tartamudeó su ayudante—. Todo ha sucedido tan aprisa que no he tenido tiempo de advertirte. Yo…

No continuó porque junto al ayudante Din apareció una muchacha con ojos muy abiertos y expresando sorpresa y temor al mismo tiempo.

—¡Pero…! ¡Esto es el colmo! —exclamó el piloto.

Una brusca sacudida de la nave echó hacia atrás a la muchacha, y Linder gritó:

—Ahora no puedo volver atrás. ¡Sujetaos! Ya sabes lo que hay que hacer…

—Sí, sí… —tartamudeó Din de nuevo y se sentó junto a la muchacha, al tiempo que tomaba unas correas—. No tengas miedo, Lyda. Voy a sujetarte.

Ella lanzó un grito.

—¡Din! ¿Dónde vamos? Tú me dijiste…

—Calla, no digas nada ahora. Vamos a pasar la barrera y es peligroso.

—¿La barrera? ¿La barrera de qué?

—¡Vamos, Din, que cierre el pico! Nos estamos acercando —gruñó el piloto.

—¡Oh, Din, tengo miedo! Tengo miedo —gritó la chica.

Era una muchacha joven, tan joven como el ayudante Din, que para acallarla se inclinó sobre ella y le cubrió la boca con la suya, estampándole un largo beso que tuvo la oportunidad de terminar con su miedo.

El bólido llegó por fin a la órbita del planeta y Linder dispuso los mandos para su vuelo libre en el espacio. Todo era noche en derredor. No se captaba la menor señal.

Llegó al fin la voz de Lanco desde la base.

—¿Todo bien, Linder? Si hay alguna novedad, comunícamela.

—¿Novedad? —miró hacia atrás y vio a la pareja que en aquel momento acababan de soltarse.

La muchacha vio la noche a través del visor y preguntó:

—¿Dónde estamos?

Linder cortó la comunicación.

—No. No hay novedad.

Pero desde la base, Lanco creía haber percibido la voz femenina y trató de ponerse en contacto con Linder, pero éste había cerrado los mandos de escucha. Puso el piloto automático y volvió junto a la pareja.

No necesitó preguntar. Din soltó todo lo que su jefe quería saber.

—Verás, Linder… Lyda me había pedido hace tiempo que le mostrara la nave. Le hacía ilusión y… Bueno, ya sé, ya sé lo que vas a decirme… Pero el caso es que nos entretuvimos. Se nos pasó el tiempo y…

Linder miró a la joven y hermosa muchacha. Pensó que el pícaro de Din no tenía mal gusto. La chica valía la pena. Se mostró comprensivo, porque al fin y al cabo si Din había violado las órdenes por amor, él estaba haciendo lo mismo, puesto que si iba en busca de Lorys era para ayudarla, para protegerla, porque también la quería.

Sin embargo, el asunto era grave.

—Linder, sospecho que ahora estás en un lío.

—Sí. Lo estoy, muchacho, y el caso es que ahora soy también responsable de vosotros.

Se hizo un silencio y al fin Linder resolvió:

—Regresaremos. Os dejaré en la zona A, e informaré después para que os recojan. En la base nadie sabrá que has estado en el bólido.

Din apretó los puños.

—Linder... He oído lo que ocurre. Has hablado de un secuestro. Yo quisiera ayudarte.

El piloto se volvió hacia la muchacha, que seguía silenciosa la conversación entre los dos hombres. —No, no...

—Sí, claro, piensas en ella —murmuró el joven. —¿Se preocupan por mí? —intervino Lyda. —Esto no es un viaje de placer, muchacha —repuso Linder.

—Bueno... No soy ninguna tonta, aunque Din me tenga atontada. ¿Sabe? Comprendo que por mi culpa le hemos fastidiado sus planes.

—No se hable más. Voy a disponer el regreso —insistió el piloto.

—¡Espere! —pidió ella.

Din no se pronunciaba. Por un lado quería estar

con su jefe, ayudarle, pero por el otro estaba Lyda. Y Lyda insistió:

—Espere, señor Linder. A mí no me importa seguir el viaje.

—Es una locura.

—No me espera nadie, señor Linder. Vivo con unas amigas. Somos secretarias de la Unión de Elementos Metálicos. Si pudiera comunicar con mis amigas... No habría ninguna necesidad de informar dónde estoy.

—No, no. Podemos correr riesgos. Ya he hecho bastante llevándome la nave. De eso puedo responder perfectamente, pero no de su vida.

—Quizá no sea muy valiente. A veces me asusto, pero prometo no molestarles en absoluto. Yo sé que Din está deseando ayudarle a usted y lo haría si no fuese por mí.

El piloto, ya sin escuchar, comenzaba a accionar los mandos. Lyda se aproximó a él. Din trató de impedirlo, pero al fin dejó que la muchacha le hablara.

Y Lyda utilizó una voz suave, persuasiva.

—Yo quiero mucho a Din, señor Linder... Sufriría mucho por él sin saber lo que puede ocurrirle en este viaje.

—Es que él se quedará con usted, Lyda.

—No, señor Linder. Yo sé que él querrá acompañarle. Y comprendo que es justo que lo haga. Din es su ayudante y le aprecia mucho. No querrá dejarle solo.

—Oiga, jovencita... Estamos volando por el espacio.

—¿Y qué? ¿No hay auxiliares de vuelo de mi sexo

que también vuelan por el espacio?

Linder no sabía qué decir o acaso iba a golpear el pupitre, dispuesto a que le dejaran hacer a él lo que tuviera por más conveniente. Pero Din intervino:

—Linder... Si ella quiere quedarse, acepta. Regresar sería una pérdida de tiempo.

Linder reflexionó unos instantes. Aquello era una nueva contrariedad. El pitido de uno de los aparatos auditivos exteriores cortó bruscamente los pensamientos del piloto.

Din se aproximó al aparato.

—Es una señal.

—La estoy oyendo.

—No viene de la base —exclamó Din.

—No, no viene de la base —y Linder se colocó junto al aparato y graduó el volumen.

La señal era una especie de pitido de situación. Din se precipitó hacia las coordenadas.

—¡Es de la coordenada cuatrocientos! —casi gritó Din.

—Coordenada cuatrocientos —repitió Linder—. El mismo sitio donde se dio por perdido a Farsham.

Se volvió hacia Din y la muchacha, y añadió:

—De acuerdo. Vendrán conmigo. Y ojala no tengamos que lamentarlo todos.

Linder colocó la nave rumbo hacia la coordenada 400.

CAPITULO V

La coordenada 400 venía a ser algo así como el

límite del espacio conocido. Más allá comenzaba una galaxia nueva, algo inexplorado que se consideraba como fuera de todo control, prácticamente algo que no valía la pena explorar, aunque en el fondo Linder comprendía los motivos y los recalcó entre dientes.

—¡Somos los más poderosos! Eso dicen, pero no sabemos nada... Y hay algo más allá de esas coordenadas. Un misterio que nuestras naves no pueden descubrir, porque ni siquiera están capacitadas para llegar.

—Pero Farsham... —empezó Din.

—Farsham regresó. Tenía una idea preconcebida...

—Y a continuación, mientras la nave surcaba el espacio, Linder explicó a su compañero la historia completa de la desaparición de Lorys.

Cuando hubo concluido, Lyda, la novia de Din, intervino para preguntar:

—¿Se trata de un secuestro?

—No lo sé... Pero Farsham se la ha llevado utilizando el engaño y la mentira.

—¿Por qué habrá hecho esto? —inquirió Din, pensativo.

—Si pudiera contestar a esa pregunta todo sería mucho más fácil —repuso Linder.

La nave seguía por el sendero trazado en la ruta de las coordenadas.

Avanzaba al tope de su velocidad normal hacia un punto desconocido por todas las naves de patrulla regular.

La radio había dejado de emitir señal alguna, dejando, sin embargo, en la pantalla de coordenadas

su último punto de emisión en la línea cuatrocientos.

¿Qué se escondía detrás de aquel secuestro?

¿Por qué Farsham se había llevado a la hija del profesor?

Estas eran las preguntas que Linder no podía contestar, pero tenaz, continuaba la persecución del hombre que se había llevado a Lorys, y sabía que este hombre estaba por allí en la ruta 400, lejos de todo lo investigado hasta aquel momento.

El viaje prosiguió en silencio. Linder miraba el espacio sin ver más que oscuridad y pequeñas luciérnagas distantes, casi lo mismo que podía ver desde la base.

El tiempo transcurrió lento, monótono y denso, sobre todo para Lyda, que se mostraba inquieta y expectante.

A su tiempo, la pantalla difusora se iluminaba indicando el lugar que la nave ocupaba en el espacio. Un lugar imaginario marcado por los investigadores.

La coordenada 400 estaba ya próxima. Din dio una tableta a Lyda.

—Toma, necesitas vitaminas. Llevas mucho tiempo sin probar nada.

—Me encuentro bien —repuso ella, aceptando sin embargo el reconstituyente.

Linder tenía la mirada fija en la pantalla. El punto luminoso se aproximaba a la coordenada límite.

Din estaba atento a la radio que manipulaba.

—No se oye nada.

—No, pero estoy seguro de que han intentado llevarnos hasta aquí.

El punto luminoso avanzaba hacia su destino.

—Diez espacios —anunció Din, mientras la señal avanzaba hacia el límite de la pantalla—. Nueve... Ocho...

Lyda se preguntaba qué ocurriría cuando la nave hubiese cruzado aquella invisible barrera.

Linder, con los sentidos en tensión, estaba atento a los mandos. Din parecía concentrado a los más leves ruidos de los aparatos y a los luminosos de las distintas pantallas del pupitre de mandos.

—Punto siete... Punto seis —iba repitiendo a medida que la luz saltaba de cuadrado en cuadrado.

El límite... El límite... Aquélla era la obsesión general.

—Punto cinco.

La nave no había variado en absoluto su ruta. Seguía con el movimiento totalmente controlado.

—Punto cuatro —anunció Din, atento a la pantalla.

El momento de llegar al final estaba próximo. Y al llegar al punto tres a través de la radio volvieron a surgir los ruidos.

—Es como si trataran de guiarnos —comentó Linder, aferrado a los mandos.

El pitido se hizo mayor y Din anunció:

—Punto dos...

La nave sufrió una extraña sacudida, como si corrientes magnéticas intentaran dominarla.

—¿Qué es esto, Linder? —preguntó Din.

—Ojala lo supiera.

Una nueva sacudida coincidió con el punto uno. El cero estaba allí, a la vuelta de la siguiente coordenada.

El zumbido se hizo estremecedor y amenazaba con romper los tímpanos de los tres ocupantes de la nave.

—Hay que cerrar esto —exclamó Din.

—No, no. Es el único contacto. Veremos lo que ocurre. Atento, Din. Coge el retropropulsor. Yo me cuidaré de los rayos.

—¡Atención, Linder! Estamos encima —anunció Din, intentando que su voz sobrepasara el pitido.

—Ya lo veo.

—¡Punto cero! —gritó Din, y la nave saltó hacia un rumbo desconocido, empujada por una fuerza que descontrolaba todos los aparatos.

—¡El retro! ¡El retro! —gritó Linder a su compañero.

Lyda, empujada por aquella fuerza y desprevenida, chocó contra la litera y quedó como atenazada, imposibilitada de moverse.

La nave seguía al garete, controlada por una fuerza extraña que no obedecía a ninguno de los mandos habituales. Unas luces fulgurantes comenzaron a cruzar por delante del visor del bólido. Parecía una lluvia de rayos cósmicos que amenazaba con taladrar el fuselaje.

Los dos hombres, aferrados a los mandos, bastante trabajo tenían en mantenerse firmes en sus puestos ante aquel zarandeo extraño e incomprensible.

Y los rayos chocaban contra el techo del aparato.

—¡Va a taladrar el metal! —gritó Din.

Parecía imposible poder resistir aquel extraño ataque surgido en lo más remoto del Cosmos.

Ni Din ni Linder sabían dónde se encontraban, ni

cuál era su situación, ni siquiera por qué o por quién eran atacados.

CAPITULO VI

En la base, el comodoro echaba pestes; el jefe anunció que había perdido definitivamente la nave.

—Nunca debió autorizar ese vuelo —bramó el comodoro.

El jefe no quiso culpar al mejor de sus pilotos y capeó el temporal.

—Señor, si alguien puede desentrañar el misterio, es Linder, y él tenía motivos para investigar. La hija del profesor Maynard fue secuestrada por Farsham. Al menos hasta que no se demuestre lo contrario.

—Esto no es un asunto particular —siguió gritando el comodoro—. Ahora tendré que reunir al Gobierno para que decida. Entretanto le prohíbo que tome iniciativas.

El jefe asintió y volvió hacia la pantalla.

Detestaba cordialmente a aquel entrometido que nadie sabía cómo había llegado al cargo que ocupaba, sin méritos ni conocimientos para ello, mientras que algunos buenos técnicos estaban postergados en oficinas desarrollando trabajos por debajo de sus posibilidades.

—Veremos si sabe resolver las dificultades —murmuró para sí.

Su atención se fijó de nuevo en la pantalla, a la espera del menor indicio que le permitiera poder seguir de nuevo la trayectoria de la nave de Linder.

En el espacio, el piloto y su ayudante seguían luchando para recuperar el mando de la nave.

—Conecta el dispositivo antirrayos —dijo el piloto.

—Lo estoy intentando, pero se ha atascado. Tendré que ir a la «cola».

Aunque la nave era circular, solían llamar «cola» al pequeño armario subterráneo que encerraba los distintos controles de vuelo.

—Ponte las botas especiales —aconsejó el piloto.

Algunos rayos iban rebotando sobre la descontrolada nave, mientras Din se afanaba en cambiar sus zapatos por otros que le permitieran mantenerse sujeto en el suelo.

Cuando hubo terminado se aproximó a las literas de descanso. Lyda seguía allí.

—Tranquila, muchacha —sonrió—. Todo irá bien.

—No importa… Ya me voy acostumbrando, Din.

—Te traeré otras botas. Podrás poner los pies sobre el suelo. Sobre todo, sujétate.

Ella sonrió para demostrarle que no estaba asustada, aunque la verdad era que sí lo estaba, y mucho. Aquello no era sólo un paseo por el Cosmos, sino algo que ni los propios técnicos podían explicar, y el peligro resultaba latente.

Din comenzó a trabajar en la caja de los mecanismos.

—La vibración ha obstaculizado el mecanismo —gritó.

—Déjalo suelto, Din —aconsejó el piloto desde su puesto.

Din tuvo que trabajar denodadamente para

conectar unos cables que se habían salido.

Un rayo picó de lado y Din apartó la mano instantáneamente.

Otro cable se había soltado y en el metal se produjo un resquicio que amenazaba con taladrar el fuselaje.

—¡Linder! ¡Se ha agrietado!

—¡Cierra, Din! ¡Cierra!

—No he conseguido arreglarlo.

—¡Vamos, cierra! —insistió el piloto.

Din obedeció y Linder aseguró el cierre mediante la soldadura de emergencia que dejaba completamente aislado el «armario», como si se tratase de un compartimiento estanco.

A través del control pudo observar cómo el agujero se iba agrandando.

Din regresó.

—¡El armario, Linder! Vamos a quedarnos sin él. No tendremos ninguna defensa.

—Nos apañaremos como sea. Lo importante es que los rayos no perforen la nave… Y es extraño que no lo hayan hecho ya. ¡Espera!

Linder puso en práctica una súbita idea. Conectó el aparato antirrayos, pero no de forma que los repeliera, sino al contrario.

—¿Qué haces? —inquirió Din.

—Trato de atraerlos.

—Vamos a estallar!

—Din, piensa; cuando tenías abierto el armario se ha producido la perforación. Tratabas de arreglar el dispositivo.

—Casi lo tenía ya...

—Ya, ya..!

Din comprendió cuando vio a través de la pantalla cómo los rayos atraídos por la especie de radar, salían rebotados instantáneamente.

—¡Es sorprendente! Lo lógico es que ocurriera al revés —murmuró Din.

—Esa es la lógica de nuestro planeta, Din; pero estamos en un lugar desconocido. Si hubieras conseguido arreglar el dispositivo antirrayos, en estos momentos ya no quedaría nada de la nave.

—¡Funciona al revés! —exclamó Din, que no salía de su asombro.

—Y lo que es más chocante: podemos utilizar esa fuerza extraña como arma defensiva si llega el caso. ¡Fíjate!

Accionó la palanca de atracción. Sobre la nave empezó a moverse la pantalla, de modo que los rayos al chocar contra ella salían dirigidos hacia el punto elegido.

—¡Fantástico! —exclamó Din.—Me gustaría saber qué diría de eso el comodoro —repuso el piloto, que seguía con las pruebas. —Eso no va a creerlo nadie.

—Voy a probar con nuestras defensas —y soltó una descarga de la batería.

Una lluvia de rayos siguió la trayectoria que el piloto le había dado de antemano, pero a continuación, los rayos naturales salieron en pos de los que Linder había expulsado.

—¡Los persiguen! —gritó Din.

—Es lo que me figuraba. Son dos fuerzas

contrarias. En esta galaxia nuestras armas no sirven para nada.

Lyda se aproximó a los dos hombres y fue entonces cuando prácticamente observaron que la nave volvía a estar bajo su control. La oscilación había cesado por completo.

—¿Ha pasado el peligro? —preguntó ella.

Linder y Din cambiaron una mirada entre sí. No lo sabían. No podían contestar, pero lo importante era que el piloto podía dirigir perfectamente el rumbo y Din indicó la pantalla de coordenadas, haciendo notar que volvían a funcionar.

—Es extraño. Estamos en otro «espacio». —No importa. Toma las anotaciones. Las pasaremos al cerebro. Esto puede servirnos para el futuro. Din comprendió.

—Es como si estuviéramos confeccionando el primer mapa de una nueva galaxia.

—Tal vez, Din —repuso el piloto—. Pero sólo será el primer mapa para nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—Que donde sea que vayamos a parar, pueden existir otros mapas, otros medios de vida. Yo nunca he creído que estuviéramos solos en el espacio.

Lyda adujo:

—¿Piensa que puedan haber otros seres?

—Sí. Eso pienso. Y sean quienes sean, lo ignoramos todo. Ni siquiera sabemos cómo vamos a ser recibidos.

Y en la nave se produjo un silencio.

Ahora la zona de los rayos había quedado atrás, el vehículo espacial seguía su rumbo por un lugar

tranquilo.

A lo lejos alboreaba una luz azul que cada vez se hacía más luminosa.

Se acercaban a algún sitio. ¿Dónde?

CAPITULO VII

—¡Allí está! —gritó Din.

A través del visor, los tres ocupantes de la nave podían ver perfectamente la forma redonda que giraba muy lentamente en el espacio.

—Es un planeta —murmuró Linder, y comprobó todos los aparatos.

En el vehículo todo funcionaba perfectamente, y en el exterior la claridad se había hecho más densa.

Las coordenadas se acercaban inversamente al punto cero.

—Esa forma es el centro de nuestras coordenadas —dijo Linder, observando el punto de luz que avanzaba hacia la misma diana de la espiral que se dibujaba en la pantalla.

El planeta se acercaba a los tres ocupantes a una velocidad muy superior de lo normal.

—Estamos cerca del sistema de gravitación de ese sitio —anunció Linder, después de efectuar algunas comprobaciones.

—Corrernos más. Dos grados por punto (1). Hemos doblado la velocidad de nuestro habitáculo —anunció Din.

—Ya me he dado cuenta. Es el sistema de esta galaxia que nos da un mayor poder.

Y Linder conectó la radio para captar cualquier posible llamada. Una serie de interferencias pudieron escucharse a través del receptor, pero ninguna voz, ningún mensaje, ninguna clave que les permitiera tener una idea exacta del lugar donde se encontraban.

Din estaba observando por la pantalla, a la que había adicionado el objetivo de distancia y con ello podía reconocer con mayor perfección los accidentes del planeta.

—Fijaos, hay mares y montañas y ríos... Debe ser un lugar muy rico.

—Si es así, encontraremos vida —anunció Linder.

Las coordenadas anunciaban la proximidad de la barrera límite. Iban a entrar en la zona de influencia del planeta.

—¡Atención! ¡Preparados! —dijo Linder.

Las coordenadas anunciaron el paso. La pantalla que reflejaba las incidencias del vuelo indicó claramente la entrada en la zona de atracción. Todos esperaban el cambio, pero no se produjo nada.

—¡Es increíble! —exclamó Din—Podemos seguir con la misma marcha.

La nave estaba ya en la órbita de aquel planeta des-

(1) Esa velocidad calculada en la Tierra equivaldría a unos 20.000 Km. por hora.

conocido y Linder efectuó algunas pruebas, pudiendo comprobar que el vehículo giraba a voluntad y se le podía imprimir una velocidad prácticamente sin límites.

—El sistema es completamente diferente. La atmósfera no hay duda de que nos es favorable. Podemos correr más. Subir, bajar... Pero esto no es lo más importante.

—Lo es mucho, Linder —adujo Din—. Esta nave dobla su perfección en este sitio.

—No sabemos qué clase de naves tendrán «ellos».

Todos volvieron la mirada hacia la superficie del planeta.

Por la radio comenzaron a surgir voces extrañas que ninguno de los tres comprendió.

—¡Está habitado! —exclamó Lyda.

—Toma el memorizador de claves —indicó el piloto a su compañero.

A través de una pantalla surgieron las distintas claves. Linder fijó la voz captada por la radio y esperó a que coincidiera con una de las claves (1).

Las claves que no correspondían a las voces que les llegaban a través del receptor eran automáticamente rechazadas por la pantalla, y mientras, Linder dejaba que la nave sobrevolara a gran distancia. Primero quería saber qué clase de seres eran los que hablaban. Necesitaba informarse de sus costumbres y prepararse para cualquier posible peligro.

Más abajo, Din creyó descubrir otro tipo de naves.

(1) La pantalla actúa como banco de datos.

—Mira eso —dijo, y fijó la pantalla de larga distancia.

Tras una larga observación, Linder opinó:

—Parecen transportes regulares. Antes de la

«guerra de los astros» había planetas que utilizaban ese tipo de aparatos.

—Aproxímate un poco más —pidió Din.

En breves momentos la nave descendió hasta situarse junto a las naves del planeta.

—¡Ya tengo la clave! —exclamó Din en aquellos instantes.

En efecto, en la pantalla había coincido la forma de hablar de los seres del planeta con una de las claves del completo código espacial.

La traducción era sumamente fácil y su inteligencia les permitía asimilar rápidamente todo el vocabulario.

Así fue cómo se enteraron de que su presencia había sido detectada.

«Un objeto no identificado surca y evoluciona sobre nuestro planeta. Su velocidad de desplazamiento es increíble... Atención todos los observatorios. Sigan enviando datos.»

Este fue uno de los mensajes que captaron.

Seguidamente surgieron otros.

«Objeto no identificado se desplaza constantemente.»

Y otro.

«El Departamento de Defensa informa que no se trata de ninguno de sus bólidos de pruebas.»

«Sigan enviando nuevos datos. Traten de establecer contacto con el objeto no identificado.»

Alguien preguntaba:

—Si nos ataca, ¿qué debemos hacer?

—Esperen órdenes.

Linder murmuró:

—Creo que deberíamos indicarles que venimos en son de paz.

—¿Transmito? —inquirió Din.

—Espera. Primero tenemos que saber si es aquí donde Farsham se dirigió. No transmitas. Todavía. Por lo que he podido observar, les cuesta bastante detectarnos. Nuestra capacidad de desplazamiento es mejor y más rápida que la suya. Así es que… —Miró a través del visor y añadió—: Buscaremos un lugar solitario para tomar tierra. Luego investigaremos. No creo que tengamos demasiadas dificultades.

Pero en aquel momento, en el cuartel general de Defensa Exterior, el oficial mayor estaba transmitiendo órdenes a todos los centros de defensa del planeta.

—Todos tienen que estar en sus puestos con las nuevas armas preparadas. Puede que se trate de una falsa alarma, pero si la nave detectada procede de otro planeta y trata de atacarnos, le haremos frente. Repito el mensaje a todos los puntos de defensa del planeta. Atención… —y la radio siguió difundiendo la noticia.

De todas partes surgían carruajes blindados provistos de cañones lanzarrayos.

Seres de aspecto humanoide se desplazaban rápidamente, mientras la noche caía sobre el planeta.

Poderosos focos barrían el espacio y los técnicos de radar intentaban localizar la nave extranjera.

Linder cortó toda las conexiones y murmuró:

—No pueden detectarnos. Si cerramos el control quedamos completamente aislados. En este aspecto también somos superiores a los seres, de ese habitáculo.

La nave descendió hasta un descampado entre colinas. Era un lugar totalmente deshabitado.

Un control anunció que el centro habitado más próximo estaba a 1.500 kilómetros.

—Podemos llegar en un momento —dijo Linder, tomando tierra.

Abrió la puerta del bólido y asomó. Din iba tras él, y también Lyda.

Todos pudieron aspirar el oxígeno del nuevo habitáculo.

—Esto no está mal —sonrió Din.

—No. No lo está... Pero no hemos venido en viaje de placer. Hay que investigar.

Din se dispuso a secundar a su jefe.

—¿Por dónde empezamos?

Lo importante era la localización de Lorys, la hija del profesor Maynard.

¿Estaría allí?

Linder volvió hacia el pupitre de mando y comenzó a efectuar algunas conexiones.

«Llamada espacial para Lorys Maynard y piloto Farsham. Llamada espacial... Responded por la señal X.»

Y repitió la llamada.

Donde quiera que estuvieran de aquel planeta, Farsham y Lorys tendrían que oír la llamada.

CAPITULO VIII

Era ya de noche y en derredor se respiraba paz absoluta, un silencio total. La oscuridad quedaba rota

por un satélite que iluminaba tenuemente la superficie.

Din y Lyda paseaban por el campo. No lejos estaba la nave con su luz de situación, único punto de contacto con el mundo del que procedían, y en la nave, Linder repetía intermitentemente el mensaje.

—Es extraño que no contesten. Puede que Lorys Maynard no esté aquí —comentó Lyda.

Din miró hacia el espacio.

—Puede que tengas razón, pero no había otro sitio donde elegir. Voy a reemplazar a Linder. Tú debes descansar también.

—Me encuentro perfectamente.

—Tienes que tomarte unas tabletas.

—Din, quizá aquí encontremos alimentos… ¿Sabes? No me disgustaría quedarme una temporada. Esto parece distinto. Y se respira tanta paz… El aire también es diferente.

Apenas acababa de decirlo, el espacio quedó iluminado por unos rayos.

—¿Has dicho paz? —inquirió Din—. ¡Vamos!

Tomó a la muchacha de la mano y corrió hacia la nave, cuando Linder procuraba obtener datos.

A través de la radio una voz decía:

—Localizado el enemigo. Nos ataca. Zona coordenadas 37-BZ-Alfa. Todos los efectivos que se desplacen hacia el punto indicado.

—Alguien está atacando el planeta —dijo Din.

—Espera —repuso Linder, poniendo atención al nuevo mensaje.

—Es una nave diferente a la localizada hace unas

horas, pero pertenece al mismo tipo. Dispara con rayos láser. Protéjanse con el blindaje especial.

—¿Rayos láser? —inquirió Din.

—Han dado las características de una nave igual a la nuestra —comentó Linder.

—¡La de Farsham! —exclamó Din.

—Pudiera ser.

—¿Por qué no contesta?

—No lo sé, pero trataré de localizarla.

Manipuló en la pantalla y no tardó en observar un fuerte contingente de naves que se dirigían hacia determinado punto de las coordenadas. Siguiendo su trayectoria, el piloto localizó a la nave enemiga.

—¡Es la de Farsham! —exclamó reconociéndola—. Está a ocho mil kilómetros, según los cálculos de este planeta. ¡Vamos!

En breves momentos, Linder puso en movimiento su vehículo espacial. Se elevó por los aires para aproximarse al punto donde se encontraba la nave de Farsham.

A través de la pantalla pudo observar cómo las naves del planeta, en escuadrilla compacta se dirigían hacia el mismo punto, pero mucho más rezagadas.

La nave de Farsham estaba suspendida en lo alto y soltaba rayos en dirección al punto donde aparecían los vehículos de guerra del planeta.

—¡Farsham! ¡Farsham! —gritó Linder a través del transmisor—. Soy Linder… ¿Qué es lo que está ocurriendo?

Tras un silencio, una interferencia del planeta anunció:

—¡Otra nave se ha puesto en contacto con el enemigo! ¡No podemos entender su lenguaje!

—¡Ataquen a las dos! —fue la respuesta.

Din comprendió.

—¡Van a atacarnos a nosotros!

—Creo que aquí hay un malentendido —repuso el piloto

— ¡Maldita sea! ¿Por qué diablos no contesta Farsham?

Y de nuevo, tras una pausa, gritó a través del transmisor:

—¡Vamos, Farsham! He reconocido tu nave. ¡Contesta!

La respuesta de la nave fue otro chorro de rayos que mantuvo a distancia a los defensores del planeta, uno de cuyos jefes informó:

—Es peligroso aproximarse. Su láser forma una barrera infranqueable.

Entonces a través del receptorˆ Linder escuchó una fuerte carcajada que Din reconoció también.

—¡Es Farsham!

Y Linder insistió por enésima vez.

—¡Farsham! ¿Dónde está Lorys?

La carcajada siguió retumbando por espacio de algún tiempo, hasta que al cesar, la voz de Farsham soltó:

—Ya te oigo, Linder... Te oigo y sé que estás aquí, pero hay tiempo. ¿No es divertido esto? Esos pobres infelices intentan enfrentarse conmigo, ¿qué te parece? Ese es un planeta atrasado. ¡Je, je! Voy a darles una buena lección.

—¿Dónde está Lorys, Farsham? —cortó Linden.

—¡Oh! Te preocupa la hermosa Lorys... Sí, sí... Ya hablaremos de ello. Después...

—¡Farsham, voy a acercarme! Déjate de tonterías. No tienes por qué atacar a esa gente del planeta.

. —Pero si es muy divertido... ¿Te imaginas al comodoro aquí? El siempre dijo que éramos los mejores, y lo somos. ¡Fíjate en esos que vienen! Están confiados porque les he dejado en paz durante un corto tiempo. Voy a soltar los rayos.

A través de la pantalla era fácil ver a la escuadra de naves que se dirigía lanzando chorros de rayos contra la nave de Farsham. Eran rayos prácticamente nulos para el poder del vehículo espacial extranjero. Farsham lo sabía y les permitió aproximarse.—¡No, Farsham! —gritó Linden—, No tienes derecho. Ellos están en su casa. No tienes por qué atacarles...

—¿Por qué no te callas de una vez? Somos los más poderosos, ¿no? Esto es un juego.

Y Farsham soltó varios rayos. Algunas naves quedaron totalmente fulminadas, desintegrándose en múltiples partículas, mientras el resto optaba por retroceder.

Una voz en la radio anunciaba:

—Es imposible hacer frente al poder desconocido de los invasores.

Y otra voz ordenaba:

—Reagrúpense. Probaremos la B-II.

—Es demasiado peligrosa. Contaminará la atmósfera. Es mejor parlamentar.

Linder tomó la palabra para dirigirse a Farsham.

—¿Qué es lo que pretendes?

—No te preocupes. No es asunto tuyo.

—Voy a acercarme, Farsham —terció de nuevo el piloto Linder.

—No. No lo intentes. Ya tendremos tiempo de hablar. Ahora déjame con ésos...

—Farsham... Te he venido siguiendo desde nuestro habitáculo. ¿Dónde está Lorys?

—¡Luego! —cortó—. Ya hablaremos después. Y no te acerques. Por tu bien no te acerques...

Linder cortó, mientras Din murmuraba:

—Ha perdido la razón. No te acerques, Linder. Está dispuesto a atacarnos.

—Su poder no es mayor que el nuestro. Pero no lo atacaré. Por lo menos hasta que sepa dónde está Lorys.

Ignoraba qué se proponía Farsham, ni por qué diablos estaba atacando a la gente de aquel planeta que en modo alguno podía competir con sus armas.

Odiaba la actitud de Farsham, pero tenía que mantenerse como espectador de lo que estaba ocurriendo.

Y lo que sucedía en el planeta era que las naves se habían reagrupado en una de las bases. Nuevas armas estaban siendo cargadas a los aparatos y Farsham seguía suspendido en el espacio, dueño y señor de todo.

Una llamada del planeta advirtió:

—¡A vosotros, los invasores! Deseamos parlamentar. Queremos saber qué es lo que pretendéis de nosotros. De dónde venís... La respuesta de Farsham fue tajante: —Queréis parlamentar porque carecéis de

fuerza para hacernos frente. Yo solo me basto para arrasar vuestro planeta. Y voy a hacerlo si no os retiráis inmediatamente. ¿Me habéis oído?

Por parte de los representantes del planeta se produjo un largo silencio.

Linder se acercó lentamente hacia el punto en el que la nave de Farsham dominaba el espacio, pero su enemigo observó la maniobra y advirtió:

—¡Quieto, Linder! Si quieres volver a ver con vida a Lorys no intentes nada contra mí.

—Lo que quiero hacer es hablar contigo, Farsham.

—Está bien, utiliza uno de los tubos uniplaza y acércate al descubierto. Sin armas.

—De acuerdo —repuso Linder.

Din previno:

—Ten cuidado.

—No te preocupes, Din. Cuida de la nave… y de Lyda.

Y Linder tomó una «cabalgadura espacial». Era un tubo provisto de carlinga y un sillín. Bastaba montarlo, cerrar la carlinga y ponerlo en movimiento. El tubo, mediante chorros retropropulsores, surcaba el espacio como un jinete sin cabeza y sin patas. La fuerza de empuje le aproximaba al objetivo.

Los seres del planeta podían ver a través de sus pantallas aquella maniobra que les dejaba asombrados, pero nadie se atrevía a atacar porque temían la proximidad de sus enemigos.

Linder llegó hasta la nave de Farsham. Este le abrió la puerta para dejarle paso. Cuando el piloto hubo traspuesto el umbral de la nave, una ligera

ojeada le permitió advertir que Farsham estaba solo. Lorys no estaba con él.

Farsham cerró la puerta y sonrió.

—Bien venido, amigo.

—Habla, Farsham. Es inútil perder más tiempo... ¿Qué es lo que te propones?

—Espera a que asuste un poco más a esos infelices —repuso el otro, observando por la pantalla cómo las naves del planeta se disponían a lanzar otro ataque.

—Voy a mantenerles a distancia.

Lanzó una descarga de rayos que fue repelida por la nueva arma de los propietarios del planeta.

Lo que sucedió a continuación fue una auténtica guerra de rayos porque los de uno y otro bando se perseguían.

Durante unos instantes la victoria resultó incierta, pero por fin los rayos de la nave de Farsham salieron victoriosos y las naves del planeta tuvieron que retroceder.

Farsham se rió con ganas.

—Anticuados... Están anticuados. Tendrán que aceptar mis condiciones...

—¡Basta! —rugió Linder—. ¡Quiero saber dónde está Lorys!

—¡Calma, amigo, calma! —sonrió persuasivo y tajante al mismo tiempo el otro—. No estás en condiciones de gritar. ¡Te lo aseguro! Ahora siéntate y hablemos. Sabía que vendrías. Yo te he guiado hasta aquí. ¿Comprendes? Estás en mis manos. Quiero que lo entiendas, Linder. Tendrás que hacer exactamente lo que yo te diga...

Linder le dejó hablar. En principio no podía hacer otra cosa. Al menos hasta que supiera lo que se proponía, y sobre todo dónde estaba Lorys.

CAPITULO IX

En el planeta se sucedían las reuniones, se hacían proyectos y cálculos de posibilidades sobre el futuro. No se sabía cómo atacar a la fuerza poderosa que había demostrado poder dominarles plenamente.

Para Farsham todo seguía siendo un juego. Como dueño y señor que dominaba la situación, ahora se enfrentaba a Linder que había tomado asiento en una de las banquetas del bólido.

—Acabemos, Farsham. No me gusta que jueguen conmigo. ¿Qué es lo que te propones? —soltó Linder.

—Ya te dije que no estabas en situación de exigir, amigo mío. La vida de nuestro habitáculo me aburre, ¿sabes? Las órdenes, la maldita rutina, todo... Yo no he perdido el tiempo como tú. No me he limitado a vagar por el espacio sin provecho. Tengo amigos... Amigos fuera de nuestro círculo. Y ahora esto... Esto que ves a través de la pantalla.

Indicó el panorama del planeta. La situación de los mares, las ciudades, todo lo que se ofrecía en diversas panorámicas que surgían en la pantalla al contacto de los botones que Farsham apretaba.

—Esto va a ser mío. Un planeta del que seré dueño absoluto.

—¿Quieres conquistar ese planeta? —inquirió Linder, sin acabar de comprender.

—Es sólo el principio.

—¿Qué tiene que ver Lorys en esa locura que se te ha metido en la cabeza? —preguntó Linder de nuevo.

—Es un pacto, Linder. Ya te he dicho que tenía amigos.

—Habla más claro.

—Nekor… ¿No has oído hablar del poderoso Nekor?

—Algo. Creí que eso ya no existía.

—Forma parte de lo que quedó de la «guerra de los astros». Nekor revive. Se está organizando, pero carece de muchas cosas que yo puedo proporcionarle. Cosas que están en este planeta que ahora pisamos.

—¿Has hecho un pacto con Nekor?

—Exactamente —sonrió Farsham—. El me ha guiado hasta aquí. Me da la oportunidad de que pueda conquistar esto.

—¿A cambio de qué?

—¿No lo adivinas? —sonrió Farsham, con su sempiterno aire de superioridad.

—¿Lorys? —pronunció Linder tras un silencio.

—Lorys es sólo una mujer, una mujer muy importante porque es la hija de Maynard.

Y tras una pausa Farsham prosiguió:

—Nekor necesita muchas cosas: sabios que le proporcionen su antiguo poderío, necesita volver a ocupar el plano privilegiado que tenía en el espacio antes de la «guerra de los astros». Maynard puede proporcionarle todo lo que él desea.

—¿Y por eso has secuestrado a Lorys?

—Sí, Linder. Por eso, y porque desde el primer

instante estuve convencido de que tú serías el único que podrías traspasar la barrera que separa nuestras galaxias. Y a ti te digo que regreses a nuestro habitáculo y que vuelvas con Maynard. Si no lo haces, ni tú ni el profesor volveréis a ver a Lorys.

—¿Por qué no te llevaste al profesor y dejaste que fuera él quien decidiese?

—Maynard jamás hubiese venido. Lo hará si sabe que su hija corre peligro. Y tú le traerás porque eres el único capaz de hacerlo, Linder. Todo está perfectamente calculado.

—Suponte que lo hago, Farsham. Suponte que voy y regreso con todo el ejército…

—No te lo aconsejo, Linder, porque si hicieras eso, Lorys moriría. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Dónde está Lorys ahora? —preguntó Linder, tratando de no perder la calma.

—Lorys está con Nekor. No te inquietes. El la tratará bien, mientras yo no le indique lo contrario.

—Ibas a perder mucho si la jugada te saliera mal, ¿verdad? —aventuró Linder.

—Puede que yo perdiera, viejo camarada, puede que yo perdiera, pero tú y Maynard perderíais mucho más…

En cuanto a este planeta, ya ves que puedo dominarlo perfectamente.

Linder guardó silencio pensando en las palabras de Farsham. Estaba en sus manos.

El propio Farsham interrumpió la pausa para añadir:

—No se te ocurra jugar por tu cuenta. No tienes

nada que hacer en Nekor. Allí están bien protegidos.

—Una cortina de poderosos rayos, ¿no?

—Exacto. No intentes cruzarla. Tráeme al profesor y te devolveré a Lorys. Este es el trato.

Tras otra pausa Linder comentó:

—Debes ser muy amigo de ese Nekor.

—Lo soy —fue la respuesta de Farsham—. Y ahora basta de charla. Reemprende el viaje a nuestro planeta. Cuanto antes traigas aquí a Maynard, será mejor para todos. Nekor es un personaje muy impaciente.

Linder salió de la nave. Montó de nuevo en su cabalgadura metálica para regresar donde le esperaban Din y Lyda.

A través de la radio los mandatarios del planeta insistían en parlamentar con los invasores.

La voz de Farsham se mostraba tajante.

—No hay parlamento posible, depongan las armas. Su planeta queda desde este momento bajo mi control. Adviertan a todos sus habitantes...

Había consternación en el mando. El jefe supremo de la Defensa Exterior exclamó:

—Habrá que advertir a los habitantes /de todo el orbe. Estamos atrapados. Que no cunda el pánico. Nos someteremos, pero sin violencias.

Alguien era de la opinión de que había que intentarlo todo antes de claudicar.

Ajeno a tales problemas, Linder regresó con sus compañeros para explicar cuál era la situación.

Din y Lyda coincidieron en afirmar que Farsham era un canalla.

—Debe haber perdido el juicio. ¿Por qué hace todo esto?

—El afán de poder ha perdido siempre a los seres. Pero la ambición suele tener fallos. Y Farsham no es una excepción —comentó Linder.

—¿Qué piensas hacer? —inquirió Din.

—Tengo que intentar encontrar ese fallo. ¡Vamos!

Subieron todos a la nave, cuando unos raros vehículos se aproximaban por el sendero que conducía al punto donde se hallaba situada la nave.

En el interior de uno de los vehículos, un joven científico dio una orden:

—Dispongan el interceptor.

Dos soldados uniformados acompañaban al científico del planeta, y uno de ellos manipuló en uno de los aparatos, mientras el otro preguntaba:

—Estamos cerca, ¿verdad?

—Sólo a doscientos metros —repuso el joven científico.

Los otros vehículos, en número de tres, se habían detenido.

Linder había cerrado ya la puerta de su vehículo y se disponía a despegar.

—Voy a aproximarme a la base principal de este planeta. No puedo transmitir para que Farsham no capte el mensaje... —dijo.'

—¿Qué te propones? —inquirió Din, ocupando el lugar del ayudante.

—Tal vez los dirigentes de este sitio sepan algo más sobre Nekor. Necesito poseer todos los datos. ¿Listo?

—Sí —repuso Din, y pulsó la palanca.

—Desconecta todos los aparatos.

—¿La protección exterior también? —preguntó Din.

—Sí. Aquí no hay peligro. Todo desconectado. No quiero que Farsham pueda detectarnos.

En aquel instante uno de los soldados del vehículo del joven científico del planeta había dispuesto ya un aparato interceptor.

—Todo a punto —dijo.

Por su parte Linder pulsó el botón de arranque y la nave vibró.

—Es extraño —murmuró Din—. Parece que algo intercepte nuestro vuelo.

—Todo está en orden. Prueba otra vez.

Din soltó los propulsores, pero el aparato siguió sin moverse.

—No lo entiendo. No hay ningún fallo —comentó Linder, revisando los mandos.

Por su parte el científico del planeta sonreía.

—Lo hemos conseguido. Trataban de elevarse y siguen detenidos.

Din por su parte comentó:

—Voy a abrir los amarres.

—No, no... Esta interferencia viene del exterior. Es una fuerza que se opone a la nuestra. Sal con el detector y trata de averiguar qué ocurre.

Din salió para obedecer.

El joven profesor, seguido de media docena de soldados avanzaban a pie, sigilosamente provistos de armas.

Eran gente cuyo aspecto en general resultaba muy parecido a los tres seres que ocupaban la nave extranjera. Ligeramente más bajos y de tez más oscura, poseían los mismos miembros exteriores que Linder, Din y Lyda. Sus ropas de color aluminio también parecían confeccionadas con los mismos sistemas.

Ahora seguían avanzando ya muy cerca de la nave, mientras Din en el exterior manipulaba en el detector.

—Hay una interferencia, desde luego —dijo en voz alta— Pero no consigo localizarla.

El científico y los soldados estaban apostados tras una roca a unos treinta metros de Din, que no acertaba a verles.

—Preparados —susurró el científico.

Din avanzó hacia las rocas, advirtiendo.

—La interferencia viene de ese lado…

Din avanzó hacia una zona .que quedaba bastante a oscuras y a través de la cual Linder no podía verle, ni Lyda, que seguía los pasos del joven, tampoco.

Por su parte el científico del planeta había preparado ya una pequeña pistola. Los demás le imitaron.

—No disparéis si no es necesario. Lo importante es coger vivo a esta persona…

Din avanzaba sin darse cuenta hacia el peligro.

De pronto la voz del joven científico advirtió:— ¡Ahora!

Din se revolvió.

Antes de poder hacer algo se vio rodeado por aquellos soldados. El joven científico habló bajo su escafandra metálica, sin dejar de apuntar al extranjero:

—Quieto. Avance hacia nosotros sin llamar la atención. No diga nada. Si intenta escapar dispararemos y a esta distancia nuestras armas son muy eficaces, proceda usted de donde proceda.

Din quedó inmóvil y el científico preguntó:

—¿Me ha comprendido?

Din asintió con la cabeza.

—Entonces, sígame —ordenó el del planeta.

CAPITULO X

—No lo entiendo... ¿Dónde demonios ha ido? —exclamó Linder, tratando de avistar a Din por entre la oscuridad.

Dio luz a un foco que barrió toda la zona rocosa. Entonces escuchó la voz queda a través del transmisor terrestre. Era la voz del joven científico, que se presentó a sí mismo.

—Soy el profesor Ulyses Kraus. Acabo de experimentar que no son ustedes invencibles, pero no es mi propósito hacerles ningún daño. Los científicos de cualquier latitud en cierto modo somos apátridas. Trabajamos para mejorar nuestros conocimientos y para producir bienestar a nuestros semejantes. No siempre ese bienestar es aprovechado. A menudo nuestros descubrimientos son utilizados para el mal. Espero que ustedes me comprendan. Poseen armas mortíferas que nosotros jamás hemos soñado en fabricar. Sin duda su inteligencia también es muy superior a la nuestra... Únicamente pretendo un cambio de ideas con ustedes. Uno de sus amigos ha

caído en nuestro poder. Ha confesado llamarse Din.

—¡Din! —exclamó Lyda al oír que el extranjero pronunciaba el nombre de su prometido.

Intervino Linder para preguntar:

—De acuerdo. Tiene usted a mi ayudante. ¿Qué desea?

—Hablar con ustedes, amistosamente si ello es posible. Si no se avienen, entonces entregaré a Din a nuestras autoridades y que ellas decidan.

—¡Un momento! Yo me dirigía a hablar con su gente...

—¡Oh! Es usted muy listo —sonrió el profesor Ulyses Kraus—, Hemos atrapado a uno de los suyos y ahora dice que se proponía hablar con los nuestros... ¿Por qué nos ha estado atacando?

—Es un error, no he sido yo, y quiero hablar de este asunto. Dígame adonde puedo dirigirme...

—Salga de su nave, sin armas. Le conduciremos nosotros. Insisto en que no lleve ninguna arma, de lo contrario lo consideraría como una falta de buena voluntad.

—Está bien. Voy a salir —cerró el transmisor y dirigiéndose a Lyda le dijo—: Tú no te muevas de aquí...

—Pero... —protestó la joven.

—Lyda..- Estoy seguro de que no esperan encontrar a ninguna mujer. Métete en una de las literas y no te muevas para nada. Voy a cerrar la nave en cuanto, salga.

Ella vaciló, pero comprendió que era mucho mejor no crear nuevas dificultades y terminó asintiendo.

Linder se desprendió del pequeño tubo lanzarrayos que solía llevar siempre consigo, lo dejó sobre el pupitre y comprobó que únicamente llevaba consigo el transmisor de emergencia sujeto al traje espacial. Era una especie de gemelo que cerraba la manga y que servía para comunicar a cierta distancia.

Salió de la nave y a través de ese pequeño transmisor dio la orden al receptor. Su voz sirvió para que funcionaran los resortes por el sistema electrónico y la puerta quedara automáticamente cerrada.

A través del visor, Lyda pudo ver cómo los soldados surgían de todas partes rodeando a Linder y encañonándole.

El profesor Ulyses Kraus salió tras ellos. Linder se detuvo y exclamó:

—Vengo en son de paz. ¿Dónde está el profesor Ulyses?

—Yo soy. Venga conmigo. Los soldados se quedarán junto a la nave. Ellos saben lo que tienen que hacer.

Un cordón de hombres quedó encañonando a la reluciente nave, mientras Linder, en silencio, seguía al profesor. Tras el piloto extranjero un par de soldados le encañonaban.

Al llegar a uno de los vehículos vio a otro par de soldados que retenían prisionero a Din.

—Lo siento —se disculpó su ayudante—. No pude evitarlo.

—No importa, Din. De todos modos teníamos que hablar con esa gente.

El profesor Ulyses previno:—Tenemos que hacer

un largo viaje. Les ruego que no ofrezcan dificultades.

—Escuche, profesor —intervino Linder—. Me urge mucho hablar con los mandos supremos de su planeta. ¿Podemos utilizar nuestra nave?

—Particularmente me encantaría, señor...

—Me llamo Linder. Piloto Linder, de la galaxia Gao- ma. ¿Podemos utilizar mi nave? Es muy importante.

—Lo siento, señor Linder. Es usted, son ustedes los que están en mi poder. En su nave correríamos riesgos...

—Comprendo que desconfíen. En fin, vayan todo lo más aprisa que puedan. Es importante.

Una voz a través del receptor del vehículo anunció en aquellos momentos:

—¡Atención los habitantes del planeta! Espero su respuesta a mi ultimátum... Depongan las armas, entréguense o destruiré todo.

Era Farsham el que hablaba.

El profesor sonrió y dijo:

—Habrá que decirle a su amigo que ustedes están en nuestro poder. Esto refrenará sus ímpetus bélicos. ¿Quiere hablarle usted, piloto Linder? —inquirió el profesor Ulyses.

—Dudo que Farsham lo comprendiese —repuso Linder.

—Son ustedes compatriotas... —exclamó el profesor.

—Sí, pero es una larga historia. Preferiría que Farsham no conociera nuestra situación.—Tiene que conocerla. Ustedes son nuestros rehenes —insistió

Ulyses.

—Escuche, profesor. Si Farsham quiere, puede destruir el planeta en unos momentos.

—No lo hará si sabe que les hemos capturado.

—El tiene medios para salvarnos, profesor Ulyses. Usted no puede entenderlo. En nuestro habitáculo somos tan débiles como el que más, pero aquí, por simple comparación con ustedes, somos infinitamente superiores, nuestro poder es cien o mil veces mayor que el suyo...

—¿Tan seguro está? ¿Por qué se ha dejado prender?

—Profesor... Si quisiera salir de este vehículo, si quisiera atacarles créame que lo haría... Pero no lo deseo. Quiero que se convenza, Ulyses. Yo deseo ser amigo de ustedes, prescindiendo totalmente de quién les ataca.

Ulyses reaccionó vivamente y ordenó a los soldados:

—Encadenad a esos hombres. Tenemos que anularles todo el poder.

Los vehículos en marcha ya avanzaban por los desiertos parajes a una velocidad enorme para los habitantes del planeta, pero desesperadamente lenta para los extranjeros.

Dos soldados encadenaron las muñecas de Linder y de Din. Y los dos hombres cambiaron una mirada entre sí. Seguramente ambos pensaban que se imponía hacer una demostración de su poder.

CAPITULO XI

Los vehículos del profesor Ulyses Kraus habían salido de la zona desértica para enfilar por una bien asfaltada carretera, lejos aún de los lugares poblados.

Ulyses había manifestado a través de la radio que se dirigían a la base, posteriormente lanzó un mensaje al centro de Defensa Exterior.

—Dejo la comisión a su cuenta, señor. Traigo conmigo a dos prisioneros.

En el mando hubo expresión de júbilo. Evidentemente confiaban poco en los ardides del joven Ulyses, pero uno de los militares manifestó su contento.

—Siempre dije que Ulyses Kraus era un joven que prometía. Gracias a él ahora estaremos en condiciones de negociar. Avise al piloto de ese artefacto que presume de tenernos en sus manos.

Ulyses en el vehículo se mostraba muy ufano de su captura, pero Linder le advirtió:

—Será mejor que no informen de ello al piloto de la nave espacial...

—¿Dijo usted que era capaz de liberarse por sí mismo? —preguntó el profesor.

—Sí, lo dije —afirmó Linder—, pero no quería hacerlo. Desde el primer momento me sometí a ustedes para demostrarles que venía en son de paz, pero si pretenden suponer que me tienen en sus manos, entonces...

No terminó la frase y Ulyses se mostró pendiente de lo que Linder o su ayudante eran capaces de hacer.

Linder comprendió que no tenía más remedio que

demostrar que los seres de aquel planeta no tenían el menor poder sobre ellos. Para dar fe de ello aproximó la manga derecha de su traje a la altura de los labios. El gemelo que servía de micrófono transmisor desarrolló su cometido. Linder expresó:

—Pulsa botón número cuatro. No comentes. Aquello bastó para que Lyda captara el mensaje. Comprendió perfectamente lo que tenía que hacer. El sentido imperativo que Linder dio a sus palabras era suficiente. Lyda cooperó magníficamente pulsando el botón que el piloto le indicaba.

No había ninguna indicación bajo el botón, pero la traducción literal de lo que podía hacer aquel botón quedó demostrada inmediatamente. Ulyses hubiera traducido mentalmente:

«Paralización total exterior.»

La paralización se refería a vehículos y artefactos de potencia inferior a la que podían desarrollar los ingenios del planeta de que procedían.

Cuando la muchacha hubo pulsado el botón, los vehículos del profesor Ulyses quedaron paralizados. Toda fuerza motriz inferior a la desarrollada por las naves del habitáculo de procedencia «tenían que quedar a merced de la central madre». En ese caso la central madre era el vehículo espacial de Linder.

—¡Eh, profesor! Algo no funciona —dijo el conductor del vehículo.

—¡Comprueben los motores! —fue la orden de Ulyses.

Pero los motores estaban perfectamente.

Linder dio otra orden a través del diminuto

transmisor:

—Botón número seis.

Lyda, desde el aparato pulsó el botón número seis, con ello los dispositivos especiales de los trajes de cada piloto u ocupante de las naves aumentaban el poder calorífico, lo que ocurrió inmediatamente, y todos los ocupantes del vehículo de Ulyses notaron aquel extraordinario cambio de temperatura.

—¿Qué ocurre aquí? —gimió uno.

—Esto es irresistible…

Las cadenas que oprimían las1 muñecas de Linder y de Din se dilataron de una forma extraordinaria, el material se reblandeció considerablemente. Los soldados salieron al exterior con muestras de ahogo, tosiendo, intentando recuperar la respiración normal.

Ulyses comprendió aun antes de que Linder tirara de la cadena, que se desprendió de sus manos como si se tratase de un material extraordinariamente dúctil.

En breves instantes los dos extranjeros del planeta quedaron libres de su cautiverio.

—Está bien —accedió Ulyses—. Ya han hecho su numerito. Ustedes ganan. Y no lo siento… ¿Qué tengo que hacer?

Linder aconsejó:

—No deben dar ninguna explicación al piloto que les ataca. Esto en primer lugar. Después, cierren todos los contactos, y por lo que más quieran, vayan lo más aprisa posible.

—Seguramente para ustedes esta velocidad es mínima —repuso Ulyses—, pero para los habitantes de este planeta es la mayor que hemos conocido.

—Déjeme el vehículo —repuso Linder.

A una orden de Ulyses el conductor dejó los mandos a Linder.

Y el piloto transmitió una nueva orden a Lyda y la nave se elevó por los aires hasta situarse por delante del bólido del planeta.

Ulyses estaba maravillado. Los soldados apuntaron con sus armas hacia el exterior, pero el propio profesor fue quien les indicó:

—No perdáis el tiempo, muchachos. Estamos en sus manos.

Y Linder solicitó a través de su diminuto transmisor:

—Pulsa el botón de arrastre. El once.

En la aeronave, Lyda obedeció.

Una fuerza extraordinaria pareció sujetar al vehículo de Linder, arrastrándole conjuntamente con la nave como si un poder imantado la obligara a seguir.

Linder preguntó entonces la ruta a seguir y Ulyses se la facilitó sin hacer preguntas.

El vehículo que corría a ras de suelo incrementó cien veces su velocidad. Más que recorrer las bien trazadas rutas parecía volar sobre ellas, siempre bajo la fuerza de la nave. Ulyses estaba verdaderamente maravillado.

Llegaron a la base mucho antes de lo previsto y el joven profesor reconoció:

—Linder, tendrá que explicarme el truco.

Y Linder sonrió.

—No, no hay truco, ,pero tampoco es un secreto.

Luego hablaremos de ello, Ulyses, ahora quiero cambiar impresiones con los mandos.

—No le será fácil. Iré con usted y a mi modo les explicaré su mágico poder.

—¿Mágico?

—Mire, Linder, en nuestro planeta todo lo que no se comprende se atribuye a magia... Estamos en pañales, ¿sabe? Pero nuestros superhombres creen que somos los mejores. Y ni siquiera sabemos cómo combatir a Nekor. ..

Aquel nombre hizo que Linder soltara de inmediato:

—¡Nekor! El planeta de los rayos...

—¿Lo conoce usted?

—Pasamos por allí... ¿Qué les pasa con Nekor?

—Es nuestro mayor enemigo. No nos ataca directamente, pero nos envía sus rayos. Estamos estudiando una capa protectora, pero resulta inútil. Los militares son partidarios de la guerra, pero también nos resulta casi imposible cruzar nuestra estratosfera. Nuestras naves no son lo suficientemente potentes como las de ustedes, por ejemplo.

Linder pensó que tampoco las suyas, en su planeta las consideraban potentes. Sólo al cambiar de galaxia y encontrarse con otra civilización menos desarrollada podía sentirse superior. Linder pensó en la relatividad de las cosas. En el triunfalismo con que los gobernantes de los planetas invocaban su superioridad. ¿Dónde estaba la superioridad?

Se olvidó de sus propios pensamientos cuando Ulyses anunció que ya habían llegado a la base.

El vehículo espacial que les había abierto camino facilitando la velocidad que en aquel habitáculo se consideraba insólito, desapareció hasta quedar anclado en el aire.

A través del diminuto transmisor, Linder ordenó a Lyda:

—Pulsa el dispositivo de paro y aguarda. Ahí estás segura.

A través de la radio, los soldados habían informado de la «fuga» del vehículo al cual vigilaban. Las órdenes se sucedían contradictorias en los diferentes despachos de los mandos.

La llegada de Linder dejó en suspenso todos los planes. Linder y Din aguardaron en una antesala, mientras Ulyses informaba a los jefes de la presencia de los «extranjeros».

—No es la clase de persona que está dispuesta a atacarnos, señores —informó Ulyses—. Tiene poder para hacerlo. Dispone de un ingenio maravilloso y estoy seguro de que podríamos aprender mucho de este hombre.

—Ulyses —cortó el general en jefe de la operación de defensa—, como científico que es, comprendo su admiración ante todo lo que para usted significa novedad, pero no es su opinión lo que le pedimos. Estos hombres nos han atacado.

—¡Oh, no, no No es exacto, señor —rectificó Ulyses—. No son ellos. Es una pugna entre los que aguardan fuera y el que tripula la otra nave. El otro es quien nos ha atacado, no ésos. Y quieren hablar con ustedes.

—¿Quieren parlamentar? —recalcó el jefe, cambiando miradas entre los reunidos.

—Señor… Nosotros capturamos a su ayudante. El hubiera pedido rescatarlo y no lo hizo. Se dejó conducir únicamente para hablar con ustedes. Créanme, estoy convencido de que actúa con buen fin. Insisto en que tiene medios para liberarse por sí mismo, incluso con cadenas. Su inteligencia es muy superior a la nuestra. Escúchenle…

Tras otro silencio el general en jefe accedió. Después de todo, ¿qué otra cosa podía hacer?

CAPITULO XII

Linder se explicó claramente:

—Sus problemas no me interesan. Tampoco tengo nada que ver con el ataque de que son objeto por parte de uno de los pilotos de mi planeta, pero puedo ayudarles a cambio de que ustedes me presten también su ayuda.

El general en jefe repuso:

—Ulyses opina que tienen ustedes un gran poder. Si es así…, ¿qué ayuda pretende de nosotros?

—Datos. Todos los datos que puedan facilitarme sobre Nekor.

Ante el intercambio general de miradas, Linder añadió:

—Una mujer de mi habitáculo está prisionera en ese planeta. Sólo he venido para rescatarla. Sé que está en Nekor y preciso llegar hasta ese lugar.

El general en jefe no despreció la mutua ayuda y

en seguida manifestó:

—¿Qué haría usted por nosotros?

—Una vez esa muchacha en mi poder les libraría de mi compatriota. Yo no apruebo su proceder, pero primero necesito a la rehén de Nekor.

—¿Está usted en condiciones de firmar un tratado de no agresión por parte de la gente de su habitáculo?

—La gente de mi habitáculo no piensa en atacar a nadie. De esto pueden estar perfectamente tranquilos.

—¿No viene usted en misión oficial?

—No. El mío es un caso absolutamente particular, pero sí puedo obrar de modo oficial al atacar a mi compatriota, porque hace algo que está totalmente en desacuerdo sobre nuestro criterio. La ambición es algo irrefrenable en cualquier galaxia, mi compatriota se ha dejado tentar. En nombre de mi planeta le conminaré a que deponga su actitud y lucharé contra él si es preciso.

—Está bien. Le ayudaremos en cuanto nos sea posible —repuso el general en jefe—. Le guiaremos hasta Nekor, pero usted tendrá que colaborar.

—¿De qué modo?

—Necesitamos dotar a nuestras naves de los dispositivos necesarios para cruzar la barrera que nos impide llegar hasta Nekor —informó el general en jefe.

—¿Para qué? Me basta llegar yo solo allí.

—Nekor es nuestro enemigo. Sus rayos amenazan con contaminar nuestro sistema atmosférico.

—Ustedes piensan en una guerra. No es asunto mío. Yo no puedo colaborar en una guerra entre planetas.

—Usted necesita ayuda, ¿verdad?

—Comprendo. Y el precio que ponen es que colabore en una guerra con ustedes...

—Favor por favor —repuso el general.

—¿No comprenden que ello puede repercutir en su propia destrucción?

—Nosotros no hemos empezado la guerra. Es Nekor.

Linder cambió una mirada con Din. Ambos habían comprendido que no les quedaba otra alternativa.

—Está bien. Intentaré ayudarles, pero yo no soy científico, soy sólo un piloto, ignoro el procedimiento de la construcción de sus naves y la técnica que emplean y cómo puede mejorarse. Desconozco sus métodos, sus materiales, todo.

Ulyses intervino para golpear a la espalda de Linder y exclamar:

—Estoy seguro que con su capacidad podrá echarnos una manita. Vamos, venga conmigo. Apuesto a que está deseando empezar a trabajar cuanto antes.

—Si no tengo otra alternativa... —repuso el piloto.

Salieron acompañados de Din y de varios jefes.

Entretanto Farsham lanzaba de nuevo su ultimátum a los jefes. El general llamó la atención a Linder a este respecto.

—¿Cómo podemos neutralizar sus ataques? Usted puede ayudarnos.

—Enciérrense en sus casas. No hagan nada. No tienen ningún material que pueda defenderlos de nuestros rayos —fue la respuesta del piloto.

—¡Debe de haber algún medio! —rugió el jefe de

la defensa del planeta.

—Sí, procurar ganar tiempo. No hay más —sentenció Linder.

Y Farsham comenzó a lanzar una serie de rayos para atemorizar a los indefensos habitantes del lugar.

Ulyses, camino de una de las bases de construcción de bólidos espaciales, preguntó:

—¿Lo ha dicho en serio que nada puede hacerse para contraatacar con eficacia a su compañero?

—Yo siempre hablo en serio, Ulyses. No hay otra forma de hablar en nuestro código.

Algún tiempo después llegaron a la base. Era mucho lo que Ulyses debía mostrar a los dos extranjeros para que tuvieran una idea más o menos aproximada de sus sistemas.

Linder impuso como condición que no quería gente a su alrededor. Se las entendería con Ulyses únicamente y trataría de hacer lo posible para buscar una solución a los problemas de vuelos de las naves del planeta.

Los soldados se quedaron fuera de la inmensa nave.

En el laboratorio, Linder y Din contemplaron una película donde se desarrollaba la construcción de uno de los aparatos desde su inicio; con las fórmulas de las aleaciones empleadas para la obtención del metal, el mecanismo de vuelo, el combustible.

Linder pareció asimilar rápidamente todo el proceso, y al cabo de cuarenta minutos en el horario del planeta, estaba al corriente de todo y cambiaba impresiones con Din.

—De hecho se trata de un procedimiento primitivo. Supongo que en nuestra galaxia los primeros pasos debieron ser aproximadamente los mismos.—¿Tiene idea de lo que se puede hacer? —preguntó Ulyses.

—En cuanto a la aleación utilizada, aunque puede mejorarse mucho no creo que tenga una gran importancia. Los mandos podrían seguir utilizándose, siempre que se pudiera acoplar otro sistema de combustible.

—¿Cuál utilizan ustedes? —quiso saber Ulyses.

—Nosotros no utilizamos ya ningún combustible específico.

—¿No utilizan combustible para volar? —exclamó el científico, lógicamente maravillado.

Linder explicó:

—Hace ya mucho tiempo que nuestros técnicos dieron con la fórmula de la automatización total.

—¿Automatización total?

—Sí. Es una fuente de energía que se reproduce a sí misma.

—Pero esa fuente de energía... ¿De dónde procede?

—Genera espontáneamente. Un gas especial se autorre- produce en vuelo y produce la propulsión necesaria para un viaje sin límite. En la atmósfera de ustedes este gas aumenta considerablemente su potencia y multiplica por cien su poder.

—¿Y cómo podríamos conseguir un gas similar?

—Bueno... Para un par de naves quizá hallaríamos la fórmula de un trasvase. En el depósito siempre queda un tanto por ciento acumulado... Pero habría

que disponer de unos depósitos similares a los nuestros. ¿En cuánto tiempo podrían fabricarlos?

—Oiga… Con su ayuda, creo que en unas horas estarían listos, porque estoy seguro de que usted sabrá orientar a nuestros técnicos. ¿Lo hará?

—Está bien. Tenemos que darnos prisa —fue la respuesta de Linder.

Los hombres necesarios fueron avisados con toda urgencia y las secciones correspondientes de la fábrica fueron puestas a trabajar a pleno rendimiento.

Linder consideró que podían aprovecharse algunas de las estructuras ya realizadas introduciendo pequeños acoplamientos que él iba dictando.

Los operarios se esmeraron bajo la vigilancia de Ulyses, que ratificaba todo lo que Linder iba explicando.

Todavía no había amanecido cuando los dos aparatos estaban ya a punto de ser acoplados en otras tantas naves.

Din pidió a Lyda que regresara y tomara tierra en el patio central de la base.

Un grupo de jefes y oficiales militares escogidos estuvieron presentes en las operaciones de acoplamiento.

Todo se realizaba en completo silencio, parecía como si todo el mundo hubiese comprendido perfectamente las explicaciones técnicas de Linder.

Lo que Linder ignoraba es que Farsham había conseguido captar aquellos preparativos y los había seguido en silencio. Ahora permanecía al acecho a través de la pantalla. Así pudo enterarse de lo que se

estaba tramando.—Listo —dijo Linder, una vez comprobados los mecanismos.

Din había quitado ya uno de los depósitos de gas sobrante para acoplarlo a las naves del planeta.

Poco tiempo duró la operación, sólo faltaba probar su eficacia en vuelo.

—Yo iré —dijo Ulyses, ofreciéndose para probar la nave con los cambios practicados.

La expectación era total. Los militares, aún desconfiando, no habían puesto ninguna dificultad al trabajo.

Ulyses despegó.

Todos los ojos observaron los preliminares de un vuelo que en principio no parecía ofrecer ninguna diferencia.

Fue cuando Ulyses pulsó los mandos para soltar los retropropulsores de la nave.

Una sacudida hizo vibrar el aparato que por unos instantes pareció quedar suspendido en el aire.

Alguien iba a decir que al prueba había constituido un fracaso, cuando el vehículo espacial tomó un impulso desconocido por todos y se alejó a una velocidad desconocida.

Din parecía un colegial.

—¡Funcional ¡Lo hemos conseguido!

Linder asintió, mostrando igualmente la íntima satisfacción de haber hecho algo completamente ajeno a sus conocimientos y que había dado el resultado apetecido.

Pero Farsham vio en aquella acción los preparativos de una guerra contra su persona.

—¡Maldito seas, Linder! —exclamó—. ¡Eres un insensato! ¡Quieres atacarme y esto va a costarte muy caro!

Maniobró con su aparato para ponerse en posición de ataque contra la nave de Ulyses.

CAPITULO XIII

Fue Din quien observó el paso fugaz de la nave de Farsham y llamó la atención a Linder.

—¡Mira! ; ˆ

—Parece Farsham...

—Se ha dado cuenta.

—¡Vamos!

Corrieron hacia la nave y conectaron todos los mandos audiovisuales. Así, a través de una pantalla pudieron observar la maniobra de Farsham.

Linder tomó uno de los transmisores para conectar con Ulyses.

—¡Oiga! Atienda bien, Ulyses. ¡Tiene a un enemigo pegado a usted! ¡Regrese inmediatamente!

Ulyses desde su nave había observado el bólido espacial extranjero.

—¡Me he dado cuenta! —exclamó—. Regreso.

El científico apretó la palanca para el descenso, cuando ya Farsham le tenía prácticamente a su alcance.

—Será inútil. Le va a fulminar —dijo Din.

A través de las pantallas del cerebro de la base, los

militares y algunos técnicos podían presenciar la persecución sin precedentes sobre el espacio del planeta. Era una lucha desigual, porque Farsham había lanzado ya sus rayos buscando alcanzar a Ulyses.

El científico, por su parte, maniobró astutamente salvándose de la primera acometida, pero Farsham seguía en su furiosa persecución.

—¡Tenemos que hacer algo! —exclamó Din.

Linder lo había estado pensando y cerró automáticamente la puerta del vehículo, que puso rápidamente en movimiento.

La nave se elevó, perdiéndose de vista en el acto. Para los que presenciaban la escena aquello era un numero fuera de serie, algo increíble.

En unos momentos la nave de Linder se situó cerca de la de su oponente, impidiéndole el paso.

Farsham! No seas loco... Déjale en paz —gritó Linder a través del transmisor.

—¡Les has predispuesto contra mí, maldito! —rugió su enemigo desde su puesto de mando—. Voy a darles una lección.

—No lo hagas, Farsham. Ya me has causado bastantes problemas. .—Apártate de mi camino o te fulminaré a ti también.

—Si luchas conmigo, nuestras posibilidades están a la par, no lo olvides.

—No, amigo... Te conviene que yo viva, ¿comprendes? Piensa en Lorys Maynard. Sólo yo puedo llevarte hasta ella...

—Ya no me fío de ti, Farsham. Otros pueden ayudarme también. Deja de perseguir a esa nave o...

Linder no terminó la amenaza porque Farsham descargó una lluvia de rayos.

—¡Cuidado! —previno Din, pero Linder haciendo gala de su gran habilidad como piloto, había esquivado la acometida mortal y pasaba bajo la nave enemiga.

Ulyses se había alejado ya, pero no en dirección a la base, sino hacia la órbita del planeta. Desde allí informó.

—Dígame qué puedo hacer por usted, Linder. Quiero ayudarle.

—Está bien, guíeme hasta Nekor, le seguiré.

Din manifestó en voz baja:

—Es una locura. Farsham nos seguirá también.

—Es lo que quiero —repuso el piloto, pero no dijo la razón de ello.

Farsham por su parte volvió a atacar tratando de alcanzar la nave de Linder, que nuevamente esquivó pasando a la «cola».

Farsham maniobró entrando de frente. Linder soltó una descarga de rayos que obligó a su antagonista a hacer una extraña pirueta para alejarse.

Linder dio a la palanca de avance para alcanzar la máxima velocidad, dejando rezagado a Farsham.

Ulyses informó:

—Nos estamos aproximando a la zona límite.

—De acuerdo, siga —fue la réplica de Linder. En la base, uno de los jefes ordenó:

—¡Síganles con la otra nave!

Uno de los pilotos, ansioso de probar los nuevos dispositivos corrió hacia el vehículo espacial

acompañado de dos jefes.

Casi en la órbita del planeta, seguía desarrollándose la singular batalla.

—¡La pantalla protectora! —exclamó Linder.

Din conectó el botón de suelta de gases. Una nube de camuflaje tapaba completamente la nave y su trayectoria, por lo que Farsham tenía que disparar a ciegas.

Durante un buen trecho, Linder consiguió aumentar su ventaja, sin perder la trayectoria de Ulyses, que seguía marcando la ruta.

—Estamos ya en órbita. Este combustible es fabuloso. Jamás había conseguido una velocidad como ésta —dijo a través del transmisor.

En aquellos momentos para el científico no existía ningún peligro. Estaba al mando del aparato que manejaba como si de un juguete se tratase.

Din se preocupaba de observar la marcha de Farsham.

—Vuelve a estar cerca —anunció.

Linder volvió a soltar otro escape de gases y maniobró en zig-zag para desorientar a su enemigo.

Farsham exclamaba:

—Esto te costará caro, Linder. Tenías que haberme obedecido... Nunca volverás a ver a Lorys...

—Tú tampoco regresarás con vida —replicó Linder.

Y Ulyses informaba:

—Pronto estaremos en la zona de influencia de Nekor. Esto hubiese requerido un año luz. ¡Es fantástico! —seguía exclamando, sin salir de su

asombro.

Din comprobó las coordenadas. Seguían el mismo mapa que durante el viaje de ida, pero a la inversa.

A través del radar pudieron ver la proximidad de unos objetos.

—¡Los rayos de Nekor! —exclamó Din.

Linder se puso en contacto con Ulyses.

—Atención. Nos aproximamos a la zona de los rayos. ¿Puede detectarlo?

—Sí, puedo. Y ahí empieza lo malo. No hay forma de evitar esa zona, pero si ustedes la cruzaron deben conocer el sistema.

Din cambió una angustiosa mirada con Linder, que tras un silencio murmuró:

—Puede que exista un medio, Ulyses, pero no puedo decírselo a través de la radio. Tendrá que aproximarse a mi nave. Espere a que lance una nube protectora.

Luego volviéndose hacia Din añadió:

—Corta la transmisión, Din. Vamos a dar una sorpresa a Farsham.

CAPITULO XIV

Ulyses se había colocado junto a la nave de Linder y éste manifestó que iba a unirse a él.

—Cuida de todo, Din —pidió el piloto a su ayudante—. Ya sabes lo que tienes que hacer.

Momentos antes, Linder había explicado brevemente lo que se proponía para librarse definitivamente de Farsham. Din deseó suerte a su

amigo y se colocó a los mandos.

Linder salió al exterior utilizando el tubo de emergencia, sobre el que cabalgó igual que lo había hecho cuando se trasladó a la nave de Farsham, que ahora seguía detrás.

La zona de los rayos estaba ya muy próxima. Ulyses abrió la compuerta para dar entrada a Linder y al verle aparecer, lanzó un silbido de admiración.

—Ustedes lo tienen todo previsto. Esto parece un caballo sin patas, como los que tenemos en nuestro planeta, aunque ya van quedando pocos.

—¿Caballos? Bueno... Ahora lo importante son los rayos. Tendremos que utilizar el dispositivo de ataque que tienen ustedes. No es exactamente igual que los nuestros, pero confío en que nos sirva.

Linder se refería al aparato que tenían en sus naves y que podía ser utilizado para atraer o repeler los rayos cósmicos. Ahora en la nave del planeta subdesarrolla- do, tenía que utilizar uno de los cañones que actuaba como módulo de atracción.

—Espero poderlos desviar —dijo.

Estaban preparados ya para entrar en la zona. En aquellos momentos Farsham había dejado de ser una preocupación.

Lyda se aproximó a Din en la otra nave y murmuró:

—Sigue detrás nuestro.

Din podía ver a través de la pantalla el vehículo de Farsham.

—Lo sé, pero ahora si suelta rayos estamos bien protegidos. ¿No recuerdas qué pasó durante el viaje de

ida?

—¡Es verdad! Esos rayos son absorbidos por los de la zona.

—¡Exacto! Con una particularidad además, y es que nosotros sabemos cómo desviarlos.

Era lo que estaba haciendo Linder en aquellos instantes. Se hallaba ya en la zona donde los primeros rayos de Nekor atacaban las naves. Linder maniobró con uno de los cañones y comprobó que funcionaba perfectamente.

Ulyses exclamó maravillado:

—¡Es fantástico! ¡Los atrae y puede dirigirlos donde quiere!—Conozco esas vibraciones —repuso el científico—, pero siguiendo la ruta exacta nos libraremos de ellas. Por eso deseaba que alguien me guiara. Supuse que existía alguna ruta mejor.

Y Ulyses desvió la nave siguiendo determinados puntos de las coordenadas de su pantalla.

Din, tras ellos, tomó la misma ruta y en ninguna de las dos naves se produjo la menor vibración.

Farsham, ignorante de los descubrimientos de sus antagonistas, lanzó nuevos rayos con la intención de alcanzarlos, pero en seguida comprobó que eran neutralizados.

Siguió disparando inútilmente y al fin, desesperado, intentó ponerse en contacto con Nekor.

—¡Nekor! ¡Nekor! ¡Soy Farsham! Piensan atacarte... ¿Puedes oírme, Nekor?

Linder pudo escuchar la comunicación. Din también, y abrió el contacto para exclamar:

—¡Está poniendo en guardia a nuestro enemigo,

Linder! —Lo he oído, Din. Gracias… —y a continuación se puso a dialogar con Farsham para advertirle.

—Es mejor que no pierdas el tiempo, Farsham. Si aprecias tu miserable vida, ponte delante de nosotros.

—¡Tú no puedes dominarme! ¡Aquí somos iguales! —repuso Farsham.

—Te equivocas. Pueda volatizarte, pero quiero darte una oportunidad.

—¡Maldito seas, Linder! Cuando lleguemos al planeta diré a Nekor que elimine a Lorys y que lo haga delante de ti.

Linder desvió uno de los rayos dirigiéndolo contra la nave de Farsham de modo que prácticamente la rozara.

—¡Espero que ahora lo comprendas, Farsham! ¡Ponte delante!

Farsham estaba demasiado nervioso y ofuscado para comprender la maniobra de Linder. Trató de protegerse e hizo una falsa maniobra. Algunos de los rayos cósmicos chocaron contra su nave, taladrando el metal. Din gritó:

—¡Ha sido alcanzado!

El rayo corrosivo abrió rápidamente brecha en el fuselaje, que comenzó a derretirse.

Farsham no disponía de la menor protección. Se ahogaba y trató desesperadamente de buscar una escafandra protectora, pero otros rayos alcanzaron de nuevo la nave.

—¡No, no! —empezó a gritar.

Un nuevo rayo alcanzó la parte posterior del

vehículo espacial.

Farsham intentó utilizar el tubo de emergencia, pero en medio de aquella constante nube de rayos le era prácticamente imposible moverse.

Apenas quedaba nada de la nave, que había perdido por completo la estabilidad.

Algunos objetos comenzaron a flotar por el espacio. Farsham lanzó un grito terrorífico que se perdió en el vacío, mientras su cuerpo, corroído también por el fuego, flotaba en el aire, recibiendo constantemente los impactos que aceleraban su fin.

Desapareció en la oscuridad.

Lyda tuvo que volver la cabeza, llena de horror. Din la protegió con su cuerpo.

Ulyses no osaba despegar los labios mientras seguía mirando por el visor.

Linder murmuró:

—El se lo ha buscado.

Luego el joven científico alzó la mirada hacia la pantalla y murmuró.

—Estamos llegando a la órbita de Nekor… Pronto estaremos allí.

La zona de rayos quedó atrás, dejando un espacio limpio, azul. Al fondo de todo del pequeño planeta.

—Esto es Nekor —anunció Ulyses.

Linder pensaba en Lorys Maynard. Sabía que estaba allí, y sólo deseaba una cosa: Rescatarla, para ello había realizado aquel viaje.

Y el planeta se aproximaba cada vez más.

¿Qué iba a ocurrir en aquel habitáculo que tan bien protegido se hallaba tras la pantalla de rayos?

En los aparatos no aparecía ninguna señal. Parecía como si el planeta estuviera totalmente deshabitado.

CAPITULO XV

Las dos naves habían tomado contacto con el suelo, en una zona desértica.

Mientras habían sobrevolado la desolada superficie no habían podido descubrir morada alguna.

Un suelo basáltico y pequeñas montañas de arena, era lo que se hallaba bajo los pies de los cuatro seres que ahora andaban provistos de escafandras.

Din hizo una comprobación.

—No hay ninguna clase de oxígeno. Sin las escafandras sería imposible subsistir.

También Ulyses había advertido el detalle y se mostró pensativo.

—Según nuestros estudios, Nekor ha tenido siempre un sistema de vida. El ser que rige los destinos del planeta y que le conocemos con el nombre de Nekor, está aquí. Se alimenta, vive, respira... Tiene que haber alguna explicación...

Los cuatro habían avanzado por la superficie y continuaban sin encontrar el menor rastro que les permitiese abrigar la sospecha de que alguien pudiese vivir allí.

Din manifestó:

—Farsham dijo que Lorys estaba aquí. ¿Crees que pudo mentir?

—No, eso no —admitió el piloto—. Estaba demasiado seguro de sí mismo. ¡Tenemos que seguir

buscando! Debe de haber algún escondrijo... Lo que sea, tenemos que encontrarlo.

Utilizaron nuevamente la nave, que hicieron volar casi a ras de suelo.

El planeta casi en su totalidad tenía la misma superficie; suelo escarpado, los pequeños montículos arenosos, hasta que de pronto algo cambió.

Era una depresión del terreno muy pronunciada.

Ulyses oteó el horizonte.

—No se ve nada... Es como si aquí terminara todo —comentó, volviendo los ojos hacia las profundidades.

—Bajaremos —repuso Linder, haciendo descender la nave.

A medida que avanzaban, a sus plantas el panorama se convertía en algo insólito. Un vasto mar... de arena.

Un aire extraño levantaba olas arenosas, ondulando constantemente la superficie que cambiaba sus formas.

—Es extraordinario. Un mar de arena... ¡Y hay viento! —exclamó Ulyses, pero en seguida añadió—: Sin embargo, no se detecta ninguna clase de atmósfera. ¡No se puede respirar!

Llegados a la mismísima base arenosa, Linder frenó la nave dejándola anclada en el vacío rozando casi la arena. Ulyses fue el primero en saltar, pero en seguida comenzó a hundirse.

—¡Eh! ¡Ayúdenme! —gritó.

—¡Se hunde, Linder! —gritó Din al mismo tiempo. Y se apresuró a saltar,

—¡No! —gritó Linder, comprendiendo el peligro;

pero ya era demasiado tarde.

—¡Din! —gritó Lyda al ver cómo el joven se hundía también junto a Ulyses.

—¡La cuerda metálica! —exclamó el piloto, y corrió hacia el armario de los utensilios auxiliares. Inmediatamente sacó un pequeño objeto cilíndrico que mediante la pulsación de un mecanismo se alargaba a voluntad. Lo echó hacia Din.

—¡Sujétalo! —gritó.

Din sabía lo que tenía que hacer. La cuerda metálica, aplicada a una ventosa de la escafandra, quedó unida.

Ulyses entretanto seguía hundiéndose.

—¡No puedo sostenerme! ¡No puedo! —gritaba.

Din le tendió la mano.

—Agárrese a mí. Saldremos los dos —dijo.

Pero Ulyses apenas llegaba.

—¡Suéltale, Din! Date prisa. La utilizaremos de nuevo. Linder unió el extremo de la cuerda a un saliente del pupitre de mandos y pulsó un botón. Un pequeño motor se puso en marcha y Din fue izado mientras Ulyses seguía hundiéndose. La arena le llegaba ya por encima de la cintura, y el científico realizaba inútiles esfuerzos para liberarse de aquel peligro.

Din llegó hacia lo alto, jadeante. Linder sacó rápidamente la cuerda metálica y la arrojó al científico.

La arena llegaba ya a la altura del pecho del hombre y ahora el hundimiento se producía más aprisa.

—¡La cuerda! ¡Cójala! —gritó Linder, arrojándola de nuevo.

Ulyses asomaba únicamente la cabeza por la arena y agitaba los brazos en busca de aquella cuerda salvadora.

—¡Vamos! ¡Inténtelo! —gritó nuevamente Linder, echando la cuerda por tercera vez.

Con las manos crispadas, el científico consiguió asirse al metal dúctil.

Din se apresuró a ayudar a Linder a colocar el otro extremo en el saliente a propósito.

Ulyses parecía que iba a desaparecer de un momento a otro tragado por aquel extraño y compacto mar.

El motor entró en acción y la cuerda comenzó a izar el cuerpo de Ulyses, que había sido rescatado en el último instante.

Cuando por fin llegó a la nave, apenas logró murmurar:

—Bueno. Hoy he vuelto a nacer gracias a ustedes... Soy bastante torpe para ser un científico. ¿No les parece?

—Eso podía ocurrir a cualquiera. Ahora lo que hay que hacer es estudiar la situación —repuso Linder, y cerró herméticamente la nave. Todos se quitaron las escafandras para poder respirar el oxígeno del interior del vehículo,

Ulyses, ya repuesto, murmuró:

—En ninguno de los estudios que hemos realizado sobre este habitáculo logramos descubrir este lugar, pero no hay duda de que es un mar. Distinto a los

nuestros, pero posee reflujos... Yo diría que ahora está en plena marea. Fíjense... Ese extraño viento se lleva la arena hacia el interior.

Din también observó el fenómeno.

—Desde luego, parece disminuir el volumen de arena.

—Supongo que todos los mares de la galaxia deben tener las mismas características —comentó el científico.

Linder le sacó de dudas.

—En nuestro habitáculo no tenemos mares, pero estamos al corriente de las características.

Ulyses murmuró:

—¡No tienen mares! Bueno, no se pierden gran cosa. Los antiguos disfrutaron mucho tomando baños, pero ahora todo está contaminado. Nadie se baña en el mar. ¿No tienen contaminaciones ustedes?

—No. No las tenemos —repuso Linder, observando el movimiento continuo de la arena.

De pronto la «bajamar» dejó al descubierto un hueco entre la arena. Todos lo vieron perfectamente.

—¡Ulyses! —exclamó Linder—. Le he dicho que tenemos nociones de los mares, pero en esto usted entenderá mejor que nosotros.

—Es un hueco... —repuso el científico, señalando el punto.

—No me refiero al hueco, sino a los sistemas. En los mares líquidos pueden utilizarse vehículos para sumergirse en las profundidades.

—Existen bólidos llamados submarinos. Son naves que pueden bajar a las profundidades, pero apenas se

usan. La vida submarina se consideró un fracaso. El agua no es el verdadero elemento del hombre.

—Eso no es agua, sino arena. Por ahí se puede bajar, estoy seguro… Podemos intentarlo.

—¿Crees que la vida de este planeta puede estar en las profundidades de la arena? —preguntó Din.

—Tal vez. Lo averiguaremos.

Salieron de la nave. Lyda fue la única que se quedó, mientras los tres hombres, nuevamente provistos de las escafandras y andando ahora por las rocas que habían quedado al descubierto, avanzaron hacia la cavidad que la marea había dejado al descubierto.

La abertura permitía el paso de los hombres. Y Linder abrió la marcha provisto de un potente foco que iluminaba el camino.

Frente a él una rampa de basalto descendía hacia las profundidades.

Caminaron siempre en descenso durante varios metros. En la cavidad subterránea, ruidos extraños podían ser perfectamente captados.

Ulyses fue el primero en aventurar:

—Es como el sonido del viento… ¡Esperen! Juraría que… —hizo unas comprobaciones en sus aparatos y añadió en una exclamación de júbilo—: ¡Aquí hay oxígeno… e hidrógeno! Es la mezcla ideal para poder prescindir de las escafandras.

Linder lo intentó. Quedaban ya muy dentro de la cavidad y una capa invisible parecía aislar la atmósfera exterior.

Sin la escafandra inhaló el aire interior.

—Es verdad. Podemos prescindir de la escafandra, pero consérvenla todos por si acaso.

Continuaron el descenso. El ruido del aire, y de mareas invisibles continuaba siendo detectado por los tres hombres.

Linder probó de hablar a través del pequeño transmisor que llevaba en la manga a modo de gemelo o botón de cierre.

—Lorys... Habla Linder. Sé que estás en este habitáculo. Donde quiere que estés haz una señal. Inténtalo. Yo sabré dónde estás. ¿Me oyes, Lorys?

La llamada no obtuvo respuesta. La cavidad seguía pareciendo totalmente deshabitada, hasta que la oscuridad comenzó a dar paso a una incipiente claridad.

Más abajo el sendero se ensanchaba. Las paredes recibían una extraña luz y ya no era necesario el foco artificial.

Los tres hombres se hallaban en medio de una cavidad grandiosa que iba ensanchándose como si aquello fuese un planeta completamente nuevo. Din dio tal vez con la palabra más exacta cuando comentó maravillado:

—Es como un habitáculo dentro de otro habitáculo. Y Ulyses adujo:

—Quizá sea éste el secreto de Nekor.

Siguieron avanzando. Allí ya era más probable encontrar alguna forma de vida.

CAPITULO XVI

Todo parecía haber decuplicado el tamaño natural. Ahora los tres hombres se hallaban ante una inmensa zona cuyo horizonte era imposible delimitar.

La luminosidad era perfecta.

Frente a ellos y en un ancho campo apareció la fortaleza.

—¿Qué es eso? —inquirió Din.

Nadie podía contestar a la pregunta.

Lo que se aproximaba parecía una fortaleza móvil, de altas paredes metálicas que avanzaba hacia ellos. Era un edificio dotado de un mecanismo que le permitía cambiar de posición.

Los tres hombres se detuvieron.

El edificio-fortaleza continuó avanzando hasta detenerse a unos veinte metros de donde se hallaba el trío de visitantes.

Entonces surgió la voz.

—¡Extranjeros! —hablaba en un idioma extraño, pero tanto Din como Linder pudieron comprender fácilmente. Fue Ulyses el que se quedó sin «saber lo que ocurría—.¡Extranjeros! —repitió la voz—. Habéis violado mi habitáculo. Nadie os ha autorizado a pisar el suelo de Nekor. Nunca jamás volveréis a salir de aquí.

—¿Eres Nekor? —preguntó Linder.

—Soy Nekor —repitió la voz.

—Está bien, Nekor. Sé que tienes contigo a una mujer como rehén. Te la trajo Farsham de nuestro planeta. Quiero a esa mujer.

La voz de Nekor, tras una pausa, preguntó:

—¿Eres tú acaso el profesor Maynard?

—No. , Yo no soy Maynard. He venido a rescatar a Lorys.

—No podrás. Yo hice un trato con Farsham. ¿Dónde está?

—Ha muerto. Ya no puedes contar con él. Ahora quiero ver a. Lorys. Si necesitas ayuda y es justa la tendrás, pero no voy a admitir ninguna coacción.

—Jamás te devolveré a Lorys. La necesito. Sólo haré tratos con Maynard.

Linder comenzó a avanzar hacia la fortaleza.

X

—¡Cuidado! —previno Din.

Ulyses, que seguía sin entender, miraba fascinado la escena.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—No lo sé. Pero Linder puede corre peligro.

El piloto seguía avanzando.

—¡Vamos, Nekor! Dime dónde tienes a Lorys. Yo soy el único que puedo traerte al profesor. Pero primero necesito saber si ella está bien. ¡Quiero oír su voz!

—Lorys nunca podrá regresar contigo —contestó el de la fortaleza.

—¿La has asesinado?

—Lorys está bien.

Linder estaba muy próximo a la pared metálica y su mano derecha buscó el pequeño tubo disparador de rayos, mientras con sus ojos escrutaba la plancha metálica buscando un lugar por donde poder entrar.

—¡Vamos, Nekor! Permíteme verla... —insistió Linder, intentando ganar tiempo.

—¡No! —gritó la voz—. Ella es mía. La necesito para perpetuar la especie de mi planeta. Todo ha quedado destruido, pero yo lo levantaré. Mi poder es inmenso.

—¡Perpetuar la especie! ¿Qué especie? ¡Sal! Asoma ya, Nekor. Si tanto es tu poder, ¿por qué tienes necesidad de pactar con ambiciosos? ¿Por qué necesitas un profesor?

—Porque… —la voz parecía debilitarse—. Porque estoy mal. Algo no funciona como debería. Estoy mal

Din avanzó un poco más y Ulyses le imitó.

En aquellos instantes, la nave tripulada por uno de los pilotos al que acompañaban un par de militares conseguía tomar contacto con el planeta.

Los tres ocupantes comenzaron a buscar a Ulyses y a los demás.

Para los militares era un verdadero honor pisar Nekor, el planeta considerado como maldito.

Y entretanto en el fondo del mar de arena, Linder encañonaba el tubo lanzarrayos hacia la puerta metálica.

—¡Por última vez! —insistió el piloto—. Quiero verte frente a frente. Dime por dónde puedo cruzar esta muralla.

—No, no puedes. Es inútil.

Linder estaba decidido a entrar y oprimió el botón del tubo. El chorro surgió, y el poderoso rayo practicó un agujero en la lámina de metal.

Din había sacado su propio tubo disponiéndose a ayudar a su compañero si hacía falta, pero la voz de Nekor sonó al otro lado del muro metálico más

debilitada todavía.

—Mi planeta será el mejor… El más protegido… Volverá a ser el emporio que siempre fue… Pero necesito ayuda.

—Necesitas ayuda. ¿Y pretendes conseguirla con violencias? —increpó Linder.

El agujero estaba ensanchándose cada vez más.

La voz de la fortaleza ya no contestó.

Linder comprobó que ya podía pasar a través de la cavidad y lo hizo sin vacilar.

Din se aproximó hacia la entrada y miró al interior pegándose a la pared metálica. No pudo ver con claridad. Dentro todo estaba oscuro.

Linder utilizó el foco portátil para vislumbrar el camino a seguir.

El chorro de luz le permitió ver unas paredes de las que surgían unos redondos artefactos en forma de válvulas. Un techo bajo estaba surcado por cables metálicos y frente a él arrancaba una escalinata metálica.

Linder continuó avanzando hasta el pie de la escalera. A un lado de la pared había una palanca.

Movió el foco orientándolo hacia el final de la escalera, que seguía en línea recta hasta un piso superior.

Volvió sus ojos hacia la palanca y la accionó despacio. En seguida sonó un chasquido y la escalera se tornó movible.

—¿Quién ha penetrado en mi recinto? ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Soy invulnerable! ¡Fuera!

Aquella voz hizo comprender a Linder que quien le

estaba hablando no había advertido lo que él efectuaba desde el interior.

Y ahora la escalera movible le elevaba hacia el piso superior.

En lo alto se encontró con otra sala inmensa. Las paredes eran igualmente metálicas y surgían válvulas por todas partes. Al fondo advirtió una especie de mesa pupitre con un sillón vacío.

.Linder avanzó despacio. Estaba convencido de que pronto llegaría al final del misterio y podría enfrentarse cara a cara con el extraño ser que dominaba las profundidades.

En el exterior las arenas comenzaban a removerse empujadas por aquel viento extraño que las izaba como olas.

Lyda, desde la nave, advirtió el peligro y comunicó inmediatamente:

—¡La marea! ¡Regresad antes de que os sepulte!

El mensaje llegó hasta Din, y también hasta Linder, que ya estaba cercano al pupitre.

La voz de Lyda insistía:

—¡Peligro! ¡Peligro! ¡Regresad!

«La marea —pensó Linder—. Pero ahora no puedo volver. Tengo que saber dónde está Lorys…»

Al fin llegó ante el pupitre. El sistema de mandos pertenecía al de cualquier cerebro computador de tipo corriente.

Rápidamente trató de comprender el significado de los mandos y pulsó un botón.

Un ruido indicó que una puerta deslizante se abría, En seguida tocó otro botón y puso en contacto a un

transmisor del cual surgió una voz.

—¡No! ¡No liberes a Lorys!

Linder comenzó a comprender.

—Lorys prisionera... Pero ¿de quién? —y tocó una de las palancas. Las cuatro pantallas del cerebro se iluminaron defectuosamente, dejando al descubierto otros tantos puntos del recinto.

Una de las vistas era del exterior. La otra correspondía a la sala donde él se encontraba. Otra era una cámara pequeña con otro sistema de computador, y por fin la cuarta cámara enfocaba un corredor. Alguien corría a través de él.

¡Lorys!

Pulsó un botón para darle la voz y en seguida escuchó a la muchacha.

—¡Linder! ¡Sé que estás aquí! ¡Sácame, por favor...!

Linder buscó los distintos dispositivos. Pulsó los diferentes botones y varias puertas metálicas se deslizaron. La sala se ensanchó todavía más, quedando todo convertido en una inmensa estancia. Desapareció también el corredor por el que avanzaba Lorys. Ahora ya todo era la misma pieza.

Din avanzó gritando:

—¡Linder! ¡No hay nadie más! ¿Quién ha estado hablando?

—Creo que puedo contestarte a esta pregunta, Din. Esto es un cerebro. Un inmenso cerebro... Todo lo que queda de una civilización que debió vivir en las profundidades.

—¡Un cerebro! —exclamó Din.

Linder corría hacia Lorys, que ya estaba muy cerca, exclamando:

—¡Linder, Linder,..! ¡Creí que nunca iba a salir de aquí!

Se abrazaron. Era el fin de una pesadilla que Linder había sabido resolver gracias a su tenacidad.

Din interrumpió la escena.

—Estamos en las profundidades. Lyda dice que la marea amenaza con sepultarnos. Tenemos que darnos prisa.

La arena estaba cubriendo la entrada. El viento dificultaba la marcha, pero ellos seguían ya muy cerca de la salida.

—¡Cuidado! —gritó Ulyses, cuando una oleada arenosa cayó sobre su cabeza.

Ahora la marea era mucho más fuerte y la arena seguía entrando por la cavidad.

Lyda miraba aterrada la salida sin poder hacer nada. Fue entonces cuando aparecieron los recién llegados.

—¡Es su nave! —dijo uno de los militares.

—¿Una mujer? —murmuró el otro.

Fue Lyda quien gritó:

—¡Ayúdenme! ¡Están ahí dentro!

Mientras los recién llegados avanzaban hacia la nave donde aguardaba la muchacha, los otros avanzaban por los últimos metros luchando con la arena que amenazaba con taparles por completo la entrada.

Lyda había advertido a los recién llegados del peligro de la arena y al propio tiempo les pidió ayuda.

La cuerda metálica podía ser nuevamente la salvación de los tres hombres que estaban bajo la arena y de la muchacha a la que habían ido a rescatar.

Cuando el agujero estaba ya prácticamente cubierto, Din comentó:

—Demasiado tarde.

La arena formaba ya una masa compacta.

—¡La cuerda metálica! —gritó Linder al ver aparecer el cilindro articulado.

Uno a uno consiguieron salir, la escafandra les protegía de la asfixia al pasar por entre la masa arenosa. Al fin los cuatro pudieron ser rescatados.

EPILOGO

Ulyses y los otros llegados del planeta de los mares y de las montañas, se despidieron de sus eventuales amigos.

—Es posible que no volvamos a vernos —dijo Ulyses—. Pero sus enseñanzas van a servirnos de mucho.

—¿Por qué no nos hacen una visita? Nunca hemos recibido gente de otros sistemas —repuso Linder.

—A mí me encantaría, pero me debo a mi civilización. Tenemos mucho que aprender.

—Tome esto, Ulyses. —Linder le entregó un pequeño aparato—. Son antiguas lecciones. Aquí están reproducidas. Hallará algunas fórmulas que quizá le interesen.

—¡Esto es más de lo que yo esperaba! —exclamó el científico.

—Utilícenlo para bien.

—Por lo que a mí se refiere, puede usted estar seguro. De momento ya se han convencido de que este planeta no vale la pena. Ya tenemos bastante trabajo en el nuestro.

—Todos lo tenemos —repuso Ulyses. Tras la despedida general y las muestras de agradecimiento por parte de los que se creían en deuda con Linder, éste manifestó, antes de emprender el vuelo:

—Ustedes también nos han ayudado. Hasta… alguna vez. ¡Quién sabe!

Cada nave tomó su rumbo. Din cuidaba de la de Linder, que ahora estaba en la cabina de descanso, sentado en la litera junto a Lorys.

—Parece que haya transcurrido una eternidad —murmuró ella—. Y sin embargo, apenas ha sido una jornada de nuestro sistema.

—Para mí ha sido también mucho tiempo. No quería perderte, Lorys.

—Nunca olvidaré lo que has hecho por mí.

Siguieron hablando de cosas quizá poco trascendentales, pero que en aquellos momentos para ellos eran lo más importante.

* * *

Cuando tomaron contacto con el planeta, el profesor fue el primero en correr a abrazar a su hija. Para él también era lo más importante.

El jefe de la base lanzó un suspiro de alivio y

murmuró con sus ayudantes:

—Menos mal. Todo ha terminado bien.

Pero el comodoro quería un informe completo.

—¡Piloto Linder! Que sea la última vez que toma iniciativas. Quiero una explicación completa. El consejo está reunido. Sólo faltaba una orden para desencadenar la guerra.

Linder miró al comodoro en silencio y después murmuró:

—¿Una guerra contra quién, comodoro?

—Contra nuestros enemigos…

—Descanse tranquilo, comodoro; ya no tenemos enemigos.

—No me dirá que usted solo ha terminado con todos, piloto Linder.

Pacientemente, pero sin hacerle el menor caso, el piloto cogiendo a Lorys por los hombros murmuró:

—Mire, comodoro, estoy un poco cansado. Mañana… Mañana hablaremos de lo que usted quiera.

Y se alejó con Lorys hacia el vehículo que el profesor había puesto en marcha.

Din y Lyda se alejaban también. Ellos recordarían igualmente aquella aventura durante mucho tiempo.

En el vehículo que se dirigía a casa de los Maynard, Linder murmuró:

—Ulyses tenía razón. Allí en su planeta también se creen superiores. Aquí que no tenemos problemas, nos los buscamos a veces. En todas partes hay algo que nos asemeja. Incluso con los cerebros. Por cierto, ¿cómo hizo Farsham para llevarte al planeta?

—Cuando me di cuenta de que se trataba de un

secuestro ya estábamos en el espacio. Luego conectó con el cerebro y le guió hasta allí.

—¿Conocía él la cavidad bajo el mar de arena?

—La voz le guió y me llevó presa hasta el interior de aquella fortaleza. Una puerta se deslizó y me encontré allí dentro, prisionera. En realidad nunca supe lo que era aquello hasta que llegaste tú.

—Un cerebro metálico, una construcción automática con sentimientos egoístas… ¿Quién puede fabricar instrumentos así? —murmuró el padre de la muchacha.

—La ambición, profesor. La ambición. Este ha sido siempre el mal de todas las sociedades. Bueno, olvidemos esto… —concluyó Linder.

La aventura había terminado. Era ya historia. Algo para recordar en el futuro.

FIN

MILLON

Editorial Bruguera S. A., se complace en ofrecer a sus lectores de España la oportunidad de participar en un gran sorteo que puede convertirle a Ud. en propietario de un MAGNIFICO PISO Y UN MODERNO COCHE o si lo prefiere de UN MILLON DE PESETAS.

Lea atentamente las siguientes instrucciones y bases, envíenos debidamente cumplimentado el cupón que hallará en la última página y... ¡BUENA SUERTE!

INSTRUCCIONES Y BASES DEL SORTEO

Corresponderá el premio al participante cuyo cupón coincida con el número que obtenga el primer premio de la Lotería Nacional del día 25 de agosto para todos los cupones recibidos hasta el 12 de agosto y con el que coincida con el del día 15 de noviembre para todos los recibidos desde el 13 de agosto al 5 de noviembre.

Fechas de precinto de los cupones recibidos: 24 agosto y 14 noviembre.

Fecha de desprecintaje, de desempate si lo hubiere y entrega de los premios: 27 agosto y 16 noviembre.

Sólo podrán participar en este sorteo las

personas residentes en cualquiera de las provincias españolas, quienes podrán mandar tantos números como cupones reúnan.

Los empleados de Editorial Bruguera S. A. no pueden participar en este sorteo.